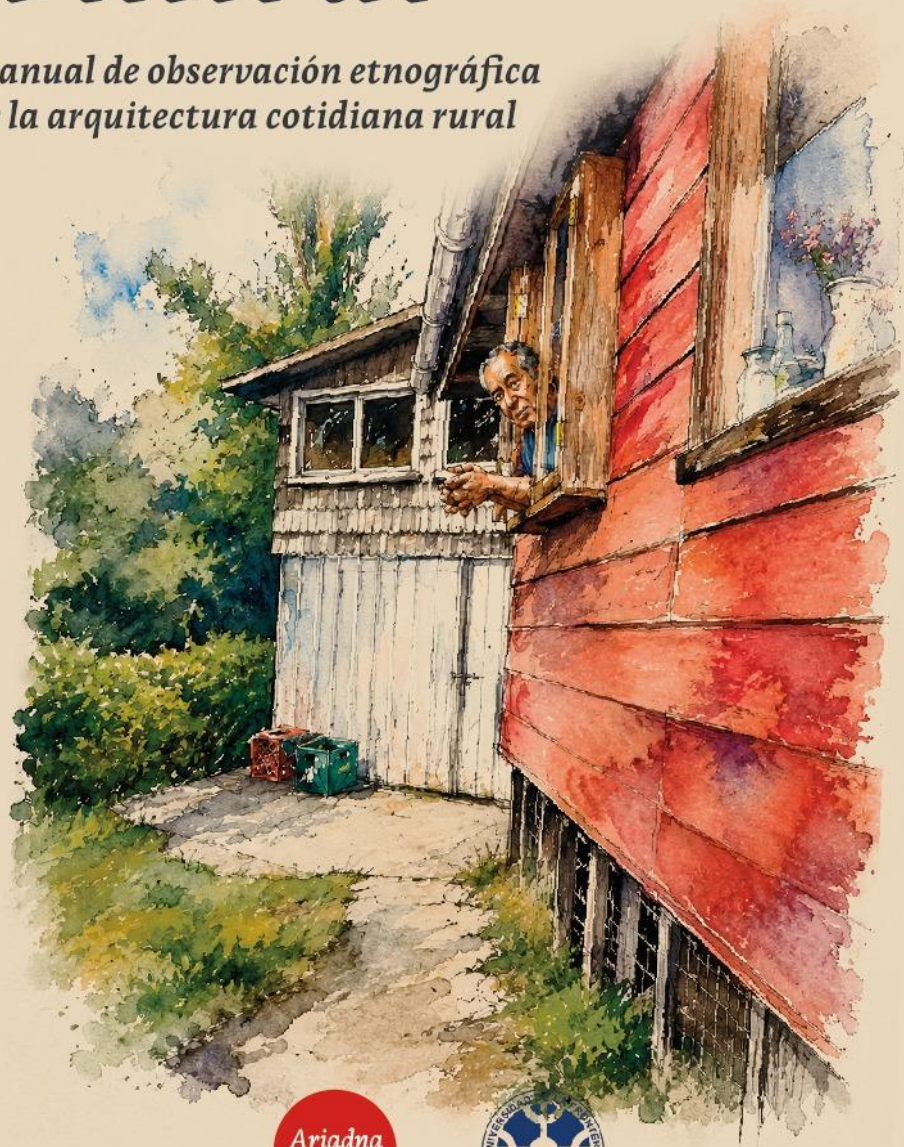


GUILLERMO DAVINSON PACHECO

Aprender a mirar

Manual de observación etnográfica de la arquitectura cotidiana rural



Ariadna
ediciones



Aprender a mirar.
Manual de observación etnográfica de la
arquitectura cotidiana rural

Aprender a mirar.

Manual de observación etnográfica de la arquitectura cotidiana rural

Guillermo Davinson Pacheco

Ediciones Facultad de Educación, Ciencias Sociales y Humanidades

Sometido a proceso de evaluación mediante referato externo
en su modalidad de doble ciego

Av. Francisco Salazar 01145, Casilla 54- d, Temuco

Decano: Dr. Luis Nitrihual Valdebenito

Coordinadores de ediciones: Cristian Alister Sanhueza – Luis Abarzúa Guzmán

Departamento de Trabajo Social

Facultad de Educación, Ciencias Sociales y Humanidades

Universidad de La Frontera

ISBN: 978-956-430-005-4

Santiago de Chile

Primera edición, agosto 2026

Gestión editorial: Ariadna Ediciones

<http://ariadnaediciones.cl/>

<https://isni.org/isni/0000000485172652>

Doi: <https://doi.org/10.26448/ae9789564300054.187>

Obra bajo Licencia Creative Commons Atribución



Esta editorial postula o indexa su producción (de acuerdo al carácter de la materia de los libros) en BCI-WoS, según sus normas (ver <https://n9.cl/bx7i3>), en Dialnet libros, Open Access Publishing in European Networks, OAPEN; en el Muse Project (Universidad John Hopkins); en el Directory of Open Access Books, DOAB; en la Digital Library of Commons (Universidad de Indiana, EEUU). Además, agrega sus trabajos en los repositorios ZENODO (OpenAIRE, Europa Occidental), HAL (Archives ouvertes, Francia), Google Scholar, Open Alex, SSOAR, ProQuest Central, Knowledge Commons Works, PhilPapers, WorldCat, Humanities Commons, Modern Language Association MLA, Open Library (Internet Archive), Open Research Library, las redes sociales académicas Mendeley y academia.edu. Indexa, a la vez, toda producción en el repositorio ANID que cuente con folio Fondecyt. Todos nuestros textos disponen de los registros ISBN y DOI.

A Patricia, Gabriel y Rocío

Porque este libro nació en una casa que también forma parte de nuestra historia familiar. Gracias por los incontables momentos en que este proyecto ocupó un tiempo que también les pertenecía a ustedes. Con todo mi amor, les dedico estas páginas.

Agradecimientos

Toda obra es, en alguna medida, el resultado de un esfuerzo colectivo. Aunque la escritura suele aparecer como un acto solitario, detrás de cada página existen personas que, con su tiempo y apoyo, hacen posible que un proyecto de esta naturaleza llegue a concretarse. Las líneas que siguen buscan expresar un sincero reconocimiento a quienes, de distintas maneras, contribuyeron a este libro. Como ocurre inevitablemente en todo ejercicio de memoria, es posible que alguna omisión involuntaria quede fuera de estas páginas; desde ya, ofrezco mis disculpas y mi gratitud a todas aquellas personas que también fueron parte de este recorrido.

Mi primer agradecimiento es para las familias que, con enorme generosidad, me abrieron las puertas de sus hogares y permitieron que la intimidad de su vida cotidiana se transformara en un espacio de aprendizaje y reflexión. A las familias de Metri, en la comuna de Puerto Montt, y de Pichiquema, en la comuna de Paillaco, por compartir sus experiencias, responder innumerables preguntas y autorizar el registro fotográfico de sus viviendas. Gracias a esa confianza fue posible comprender que detrás de cada muro, ventana, cerca, o reparación existe una historia, una necesidad concreta y una manera particular de habitar el territorio.

Deseo expresar un reconocimiento especial a Hernán Chávez Olavarría, Noemí Alarcón García y Claudio Briceño Olivera, cuyas viviendas constituyen la base principal de este trabajo. Asimismo, agradezco a Juan Gamboa Ferrada, quien colaboró generosamente en el registro fotográfico durante la etapa final de edición de esta obra.

Este manual también es fruto de muchos años de docencia universitaria. Las innumerables conversaciones sostenidas con estudiantes durante las actividades de terreno, así como las

preguntas surgidas en el aula acerca de cómo observar, registrar e interpretar la realidad social, fueron orientando progresivamente la construcción de este texto. Ellos me recordaron, que observar no consiste únicamente en mirar, sino en aprender a descubrir aquello que la costumbre vuelve invisible. Espero que este libro contribuya a las nuevas generaciones de estudiantes que se inician en el trabajo de campo y en la investigación etnográfica.

Agradezco igualmente a la Universidad de La Frontera, institución desde la cual fue posible desarrollar este trabajo. Expreso mi reconocimiento al Dr. Jaime Garrido Castillo, Director de Investigación y Posgrado de la Facultad de Educación, Ciencias Sociales y Humanidades, y por su intermedio al Decano, Dr. Luis Nitrihual Valdebenito, por el permanente apoyo brindado al desarrollo de esta iniciativa. A Roberto Araya Navarro, Jefe de Gabinete de Rectoría por su invaluable aporte. Del mismo modo, agradezco al Dr. Julio Tereucán Angulo, Director del Departamento de Trabajo Social, por su constante respaldo académico. A mi colega Miguel Galván Cabello, siempre dispuesto a colaborar en asesorías digitales e informáticas.

Mi gratitud se extiende también a los evaluadores externos de este manuscrito. Sus observaciones, críticas y sugerencias permitieron fortalecer significativamente tanto la estructura como los contenidos de esta obra. Deseo expresar un reconocimiento especial al Dr. David Robichaux Haydel, Profesor Emérito de la Universidad Iberoamericana, Ciudad de México. Sus investigaciones sobre el mundo rural constituyeron una fuente de consulta importante para este proyecto.

Mi agradecimiento se dirige a todas aquellas personas que, desde el trabajo silencioso y muchas veces anónimo, han conservado y transmitido los saberes del mundo rural. Este libro es también un homenaje a esas formas de conocimiento construidas desde la experiencia, el trabajo cotidiano, la creatividad y la permanente capacidad de adaptación frente a un entorno muchas veces desafiante. Si estas páginas contribuyen a valorar esas formas de habitar y despiertan una mirada más atenta hacia aquello que

habitualmente pasa desapercibido, el propósito que dio origen a esta obra habrá encontrado plenamente su sentido.

Por último, deseo agradecer de manera muy especial a Patricia, Gabriel y Rocío. La casa que constituye el principal escenario de estas líneas forma parte también de nuestra propia historia familiar: es la casa paterna de Patricia y el hogar de los abuelos de Gabriel y Rocío. Gracias a ustedes fue posible regresar una y otra vez a ese lugar para observar con calma, registrar fotografías en distintas estaciones del año, volver sobre los mismos rincones y descubrir detalles que solo el tiempo permite revelar. Pero, sobre todo, gracias por comprender que detrás de cada jornada de escritura había horas que inevitablemente dejaban de pertenecer a la vida familiar para convertirse en parte de este proyecto. Su paciencia, cariño y generosidad hicieron posible este libro mucho más de lo que estas palabras alcanzan a expresar.

Índice

Agradecimientos.....	7
Presentación.....	13
Introducción.....	17
Paredes y pisos de la vida cotidiana.....	29
Muros y límites.....	37
Ventanas y aire en la vida doméstica.....	45
Energías del hogar.....	55
Puertas, trancas y lógicas de confianzas.....	63
La casa en altura: objetos suspendidos.....	73
Arquitecturas de gallineros.....	81
Trayectorias del agua: circuitos y soluciones.....	89
Amarres y cercos: delimitar el territorio.....	97
Arreglos menores e ingenios mayores.....	105
Técnica en movimiento: doblar y adaptar.....	113
Conclusiones.....	121
Bibliografía.....	127

Presentación

En su concepción inicial, el presente documento fue pensado como una guía de apoyo metodológico para estudiantes que realizan trabajo de campo, particularmente orientada a fortalecer la rigurosidad del quehacer etnográfico en el proceso de registro sistemático de datos. El énfasis estaba puesto, desde un comienzo, en afinar la mirada observacional y en dotar de mayor densidad analítica a los registros empíricos, evitando descripciones superficiales o meramente ilustrativas. Para ello, se proyectó originalmente como una compilación selectiva de registros fotográficos, escogidos en función de ciertas características específicas, tales como su valor descriptivo, su capacidad de evidenciar transformaciones en el tiempo y su potencial para suscitar interpretaciones contextualizadas.

Cada imagen estaría acompañada de descripciones breves pero significativas, orientadas a situar el registro en un marco temporal, espacial y sociocultural determinado, facilitando así una sistematización clara, expedita y accesible, especialmente pensada para su circulación en formato electrónico. En este sentido, la selección del objeto de estudio respondió tanto a criterios prácticos como metodológicos: se optó por una casa antigua ubicada en el sur de Chile, inmueble que el autor visitaba periódicamente, lo que permitía observar y registrar los cambios experimentados por la vivienda a lo largo de las distintas estaciones del año. Desde una perspectiva técnica, este ejercicio constituía un intento por dotar de inteligibilidad a los objetos observados, comprendiendo los fenómenos no como entidades aisladas, sino como expresiones situadas en un contexto social, histórico y cultural específico, donde adquieren su verdadero nivel de significación.

La decisión de materializar esta compilación en formato digital estuvo fuertemente condicionada por el contexto pandémico vivido entre los años 2020 y 2022. La crisis sanitaria mundial se constituyó en uno de los fenómenos sociales, culturales, económicos y políticos más relevantes del siglo XXI, con efectos profundos y duraderos en el ámbito educativo. Este escenario vino a superponerse a transformaciones que ya se venían gestando durante el último decenio en materia de formación mediada por Tecnologías de la Información y la Comunicación (TIC), acelerando la adopción de herramientas pedagógicas virtuales y nuevos formatos de enseñanza-aprendizaje. En este marco, iniciativas de sistematización que privilegian lo visual, lo gráfico y lo narrativo, especialmente cuando permiten representar realidades alejadas del entorno urbano, adquieren una especial pertinencia para el ejercicio académico contemporáneo, tanto en la formación inicial como en la reflexión metodológica.

En este mismo contexto, resulta pertinente recordar que la investigación social, como herramienta fundamental en la producción de conocimiento científico, constituye una responsabilidad ineludible en los procesos de formación profesional, particularmente en las ciencias sociales y humanas. Dentro de este campo, la etnografía ocupa un lugar central como base empírica para la comprensión de los procesos de cambio social, las dinámicas culturales y las transformaciones que atraviesan las sociedades contemporáneas. El esfuerzo por formar a estudiantes en métodos cualitativos permitió que, con el paso del tiempo, esta compilación preliminar fuera adquiriendo una mayor consistencia conceptual y editorial. En ese tránsito, se avanzó hacia una organización más estructurada del material, diagramando y secuenciando los registros de acuerdo con ciertos ámbitos temáticos, lo que terminó por dar cuerpo a una publicación de carácter más transversal y articulado.

Uno de los aspectos que se mantuvo inalterable respecto del diseño original fue la decisión de centrar la observación en el ámbito rural. Esta elección se fundamenta en el reconocimiento de la importancia que reviste el mundo campesino en la macro zona sur de Chile, tanto

por su aporte histórico como por su relevancia en la construcción de identidades locales y nacionales. En este sentido, focalizar la atención en la vivienda rural como objeto de observación participante se concibió —y se concibe aún— como un ejercicio formativo de alto valor pedagógico. Los registros aquí presentados no buscan representar únicamente la vivienda en sí misma, sino también los espacios aledaños y funcionales que forman parte integral de las propiedades rurales del sur de Chile, configurando un entramado material y simbólico que da cuenta de formas de vida, prácticas cotidianas y relaciones con el territorio.

Introducción

Desde los inicios de la República de Chile y hasta bien entrado el siglo XX, el país se caracterizó por una estructura demográfica predominantemente rural. A pesar de que ya comenzaban a manifestarse procesos incipientes de concentración urbana, especialmente en el valle central, las estadísticas de la época indican que cerca de tres cuartas partes de la población nacional residían en sectores rurales, lo que otorgaba a este origen un peso decisivo en la configuración de la cultura, las prácticas sociales y las identidades colectivas. La vida rural no sólo constituía el soporte material de la economía, sino que también representaba un horizonte simbólico desde el cual se organizaban los vínculos sociales, las relaciones con el territorio y las formas de habitar.

En la actualidad, si bien Chile es un país mayoritariamente urbano, en amplias zonas rurales del sur persisten condiciones de vida que presentan diferencias sustanciales respecto de los espacios urbanos. Estas diferencias no se reducen únicamente a aspectos materiales, sino que se expresan en dinámicas cotidianas particulares, asociadas al clima, la geografía, la conectividad y el acceso a bienes y servicios. Las condiciones climáticas adversas, propias de zonas australes y cordilleranas, marcan de manera significativa las necesidades de la vida diaria, obligando a sus habitantes a desarrollar estrategias específicas para enfrentar el frío, la humedad, las lluvias persistentes y los ciclos estacionales. A ello se suman las limitaciones en conectividad territorial y transporte, variables que continúan influyendo en la configuración de escenarios de desigualdad y diferenciación respecto del mundo urbano.

Históricamente, y siguiendo una tradición clásica tanto en la sociología como en la antropología, el análisis del mundo rural ha tendido a construirse en oposición y comparación con la vida

urbana. Esta mirada dicotómica ha derivado, en numerosos casos, en una subvaloración sistemática de los espacios rurales, concebidos como ámbitos atrasados, incompletos o deficitarios en relación con el modelo urbano, entendido como sinónimo de progreso y modernidad.¹ Esta tendencia no es reciente; por el contrario, se remonta a los procesos fundacionales de los Estados nacionales en América Latina. La constitución de las repúblicas implicó, en muchos casos, una negación de lo propio y una aspiración a reproducir modelos europeos que poco dialogaban con las realidades locales. Como señala Véliz, “la intelligentsia post-revolucionaria se encaraba con los problemas de la Gran Colombia, Chile o las Provincias Unidas del Río de la Plata como si aquellas regiones vastas, distantes y deshabilitadas hubiesen formado parte de Europa y estuviesen pobladas por europeos liberales y bien leídos” (1984:148).

En el caso chileno, desde los primeros momentos de la República se observa una persistente intención de imponer valores y patrones ciudadanos al mundo rural, desconociendo sus lógicas propias. Un ejemplo temprano de ello se encuentra en el reglamento-ley de 1813 sobre la radicación de los pueblos indígenas, donde ya se advertía la inquietud del joven Estado por reorganizar la propiedad rural de acuerdo con esquemas urbanos y con los intereses de las élites de la zona central. Tal como señala Martínez, “una de las primeras inquietudes del joven gobierno era reorganizar la propiedad rural de acuerdo a los patrones de organización ciudadanos de las elites” (1991:80-81). Este tipo de disposiciones sentó las bases de una relación asimétrica entre lo urbano y lo rural, cuyos efectos se proyectan hasta el presente.

¹ Robichaux (2024) al analizar la comunidad corporada cerrada de Wolf, señala: “Recordemos que Robert Redfield (1944: 10 y 109), basándose en dicotomías como *Gemeinschaft/ Gesellschaft* de Ferdinand Tönnies, *solidaridad mecánica/solidaridad orgánica* de Durkheim, *societas/civitas* de Morgan, *estatus/contrato* de Sir Henry Maine, construyó su modelo del continuo *folk/urbano*. Estas dicotomías arraigan firmemente en la teoría sociológica clásica y tienden a permear nuestro pensamiento a la vez que permiten separarnos de algún “otro”, como los sectores rurales, los “primitivos” o los “pre-modernos” (Robichaux, 2024:20).

Un siglo y medio más tarde, particularmente a partir de la década de 1960, el campo chileno experimentó transformaciones profundas. Siguiendo a Ascorra (2012), el proceso de Reforma Agraria puso término a una forma de vida caracterizada por la auto-clausura espacial y social de la hacienda, alterando radicalmente las relaciones de propiedad, trabajo y convivencia en el mundo rural.² Desde entonces, los cambios han sido vertiginosos y multidimensionales. El desarrollo tecnológico del agro, la mecanización, la diversificación productiva y la progresiva inserción de la economía rural en los mercados nacionales e internacionales han contribuido a una modernización del espacio rural, acompañada por un aumento paulatino de la conectividad y la implementación de servicios básicos en regiones históricamente aisladas.

En este nuevo escenario, los habitantes rurales del sur de Chile enfrentan su vida cotidiana apelando, en gran medida, a la autonomía y a la capacidad de resolución independiente de los desafíos que impone la habitabilidad en estos territorios. La distancia a centros urbanos, la escasez de comercios especializados, ferreterías o servicios técnicos obliga a hombres y mujeres del mundo rural a idear soluciones prácticas frente a los imprevistos y necesidades domésticas. Esta condición ha favorecido el desarrollo de una notable capacidad creativa y adaptativa, que se expresa en arreglos, reparaciones y formas de construcción que responden más a la funcionalidad y a la experiencia acumulada que a criterios estéticos urbanos.

Existen numerosos antecedentes provenientes de otras realidades rurales que confirman estas dinámicas de adaptación. En zonas rurales de México durante el último decenio, por ejemplo, donde el acceso se realiza únicamente a través de caminos transitables por caballo, mula o burro, el uso de tejas o ladrillos se vuelve inviable

² Ascorra se refiere a la “Institución de la Hacienda permitía que personas jamás salieran de ese territorio: se estudiaba en la escuela del latifundio, se trabajaba para el patrón, se experimentaba una fuerte diferenciación entre los roles masculinos y femeninos, no se accedía a salario y no se participaba en la construcción política del país” (Ascorra, 2012:1).

debido al riesgo de rotura durante el traslado y al alto costo que implica transportar pequeñas cantidades. Estas condiciones han favorecido el uso del adobe y de techumbres de paja, materiales locales que no solo resultan más accesibles, sino que además han demostrado poseer mejores cualidades térmicas en comparación con las tejas y los ladrillos industrializados. Este tipo de soluciones evidencia que las decisiones constructivas en contextos rurales no responden a la carencia, sino a una lógica de adecuación inteligente al entorno.

No obstante, también es posible invertir este razonamiento y observar cómo, en las últimas décadas, la proliferación de recursos de origen urbano en áreas rurales ha ampliado el repertorio de soluciones disponibles para sus habitantes. La construcción de caminos, la electrificación, el acceso al transporte público, la expansión de internet y de los medios de comunicación han permitido una mayor circulación de modelos urbanos, que son apropiados, reinterpretados y adaptados en los hogares rurales. En este proceso, el acceso creciente a ingresos monetarios ha posibilitado, además, la imitación de ciertos patrones urbanos como una forma de exhibir éxito y movilidad social. En el pasado inmediato, esta lógica se expresaba en la posesión de un televisor; en la actualidad, se manifiesta en el acceso a internet, telefonía móvil y otros bienes tecnológicos que refuerzan simbólicamente la centralidad de los valores urbanos como sinónimo de progreso.

Las transformaciones experimentadas por el campo chileno en los últimos cincuenta años resultan particularmente evidentes al analizar la cobertura de servicios básicos e infraestructura comunitaria. En 1964, sólo un 6% de la población rural contaba con acceso a agua potable; cinco décadas más tarde, hacia 2016, esta cifra alcanzaba aproximadamente un 72% (Schuster, 2016). Estos avances han tenido un impacto directo en las condiciones de vida, la salud y las prácticas cotidianas de la población rural, modificando sustantivamente su relación con el territorio y el hábitat.

En la misma línea, un estudio del Centro de Estudios Públicos (CEP, 2015) señala que la pavimentación de caminos rurales genera

efectos positivos de largo plazo, tales como aumentos sostenidos en el empleo, mayores ingresos, incremento de la productividad laboral y del uso de la tierra, disminución de la pobreza, aumento de la matrícula escolar y fortalecimiento de los mercados locales, especialmente en las zonas más vulnerables. Actualmente, cerca del 90% de las viviendas rurales corresponden a casas; el 81,7% dispone de una fuente segura de abastecimiento de agua y el 83,7% cuenta con electricidad proveniente de la red pública. En materia de telecomunicaciones, las políticas de acceso universal han permitido extender la infraestructura básica a lo largo del territorio nacional, alcanzando cobertura de telefonía móvil en alrededor del 41% de los hogares rurales.

Todos estos recursos y transformaciones han incidido también en la circulación de soluciones técnicas y audiovisuales para resolver problemas habitacionales tanto en contextos urbanos como rurales. En muchos casos, las comunidades rurales toman prestadas soluciones diseñadas para entornos urbanos, adaptándolas creativamente a sus propias condiciones. Desde la mirada citadina, estos arreglos y adaptaciones suelen percibirse como pragmáticos, funcionales e incluso carentes de estética. Sin embargo, al situarlos en su contexto sociocultural, es posible comprender que al introducir un elemento proveniente de otro medio en un nuevo entorno, este adquiere formas inesperadas y responde a lógicas distintas de aquellas que le dieron origen. En este proceso, no puede descartarse el peso de la imitación y del prestigio simbólico asociado a los modelos urbanos, pero tampoco debe invisibilizar la capacidad de resignificación y apropiación que caracteriza a los habitantes del mundo rural.

Mirar la arquitectura cotidiana: imagen, memoria y habitar

Las imágenes ocupan hoy un lugar central en la investigación social. Si durante gran parte del siglo XX fueron entendidas como ilustraciones del texto escrito, actualmente constituyen documentos capaces de producir conocimiento por sí mismas. La antropología visual y la etnografía han mostrado que una fotografía registra

mucho más que objetos: conserva relaciones espaciales, prácticas sociales, huellas materiales, gestos cotidianos y transformaciones históricas que muchas veces escapan al lenguaje escrito (Banks, 2001; Pink, 2013).

En las postrimerías del siglo XX, Berger (1972) sostiene que toda imagen expresa una forma de mirar. El acto de fotografiar nunca es neutro, pues supone seleccionar un punto de vista, decidir qué permanece dentro del encuadre y qué queda fuera de él. La fotografía, por tanto, organiza una interpretación de la realidad. En ese marco, Sontag (1977) añade que fotografiar constituye una forma de apropiación simbólica del mundo y un intento por preservar aquello que el tiempo transforma. También Barthes (1980) profundiza esta dimensión temporal al afirmar que toda fotografía contiene implícitamente la expresión “esto ha sido”. De igual forma, Bourdieu (1965) demuestra que las prácticas fotográficas responden a convenciones culturales: una sociedad fotografía aquello que considera significativo para su memoria colectiva. Estas perspectivas permiten comprender que las imágenes de este libro no ilustran simplemente un argumento; constituyen parte del propio dato etnográfico.

Fotografía documental, archivo y memoria

Toda fotografía posee un valor documental porque fija un momento irrepetible. Sin embargo, cuando las imágenes son producidas de manera sistemática, contextualizadas y descritas, pasan a conformar un archivo visual. Ese archivo permite comparar transformaciones, reconstruir trayectorias y comprender procesos históricos. En investigación social, la fotografía documental contribuye tanto a la producción de conocimiento como a la preservación del patrimonio.

Las viviendas rurales del sur de Chile cambian lentamente. Cada ampliación, reparación o sustitución de materiales deja huellas visibles del paso del tiempo. El registro fotográfico permite conservar esas evidencias y transformarlas en fuentes para futuras investigaciones. De este modo, el archivo fotográfico no solo

preserva imágenes; conserva formas de habitar, conocimientos técnicos y soluciones desarrolladas localmente frente a las condiciones del territorio.

Memoria, poética y morada

En *La poética del espacio*, Bachelard (1957) propone comprender la casa como un universo de intimidad. La vivienda organiza los recuerdos, las emociones y la experiencia del habitar. Cocinas, ventanas, pasillos, escaleras y rincones poseen un valor afectivo que supera ampliamente su función práctica. Desde esta perspectiva, una vivienda puede ser leída como un archivo de experiencias humanas.

Así, Cassigoli (2012) profundiza esta idea al comprender la morada como el lugar donde convergen memoria, identidad y experiencia. Habitar significa construir vínculos con los objetos y con los espacios. Las reparaciones, ampliaciones y reutilizaciones presentes en las viviendas rurales hablan de trayectorias familiares, de decisiones acumuladas y de formas culturales de enfrentar el entorno. La casa deja de ser únicamente una construcción para transformarse en una narración material.

El hacer como conocimiento

En ese marco, Sennett (2008) sostiene que el trabajo artesanal constituye una forma de conocimiento. El hacer implica observar, experimentar, corregir y aprender. Muchas de las soluciones presentes en este libro expresan precisamente esa inteligencia práctica. Un clavo doblado convertido en soporte, una ventana afirmada con un objeto reutilizado o una pared construida con materiales diversos no representan simplemente carencias; revelan procesos de aprendizaje técnico desarrollados en diálogo con el territorio. Las fotografías permiten reconocer ese conocimiento silencioso. Lo que podría parecer una solución improvisada adquiere sentido cuando se observa en su contexto cultural, climático y económico. La arquitectura cotidiana aparece así como una expresión de creatividad técnica y adaptación.

Una invitación a mirar

Las discusiones anteriores permiten comprender el propósito de este libro desde una perspectiva más amplia. Las imágenes reunidas no buscan únicamente mostrar detalles constructivos; invitan a leer la arquitectura cotidiana como cultura material, memoria social y patrimonio. Cada fotografía documenta formas de resolver problemas, modos de organizar el espacio doméstico y relaciones entre las personas, los objetos y el territorio.

En consecuencia, este manual no solo ofrece orientaciones metodológicas para la observación etnográfica. También propone una manera de mirar. Al incorporar las reflexiones de Berger, Sontag, Barthes, Bourdieu, Bachelard, Sennett y Cassigoli, la arquitectura cotidiana deja de ser un conjunto de soluciones técnicas para convertirse en una expresión del habitar humano. Esta perspectiva amplía el diálogo del texto con la arquitectura, la antropología, la filosofía, la sociología de la cultura, la estética, la semiótica y los estudios patrimoniales.

Algunos aspectos metodológicos

La presente investigación se desarrolla desde un enfoque cualitativo de carácter interpretativo, sustentado en la tradición de la etnografía como perspectiva teórico-metodológica para comprender las prácticas sociales, culturales y materiales que configuran la arquitectura cotidiana rural. Más que describir objetos arquitectónicos aislados, el propósito consiste en interpretar los significados que adquieren las formas de habitar, las soluciones constructivas y los usos cotidianos de la vivienda en su contexto territorial y cultural. En este sentido, la propuesta se alinea con la noción de descripción densa formulada por Geertz (1987), entendida como un ejercicio orientado a comprender las acciones humanas dentro de las tramas de sentido que les otorgan significado.

Desde esta perspectiva, la etnografía no constituye únicamente un conjunto de técnicas de recolección de información, sino una forma de producir conocimiento basada en la interacción entre el

investigador, los actores sociales y el territorio. Tal como plantea Guber (2011), la comprensión surge del trabajo de campo prolongado, del diálogo con quienes participan de la realidad estudiada y de la permanente reflexividad del investigador respecto de sus propias interpretaciones. En consecuencia, la observación participante se entiende no sólo como una técnica de investigación, sino también como una posición epistemológica que permite aproximarse de manera situada a las prácticas de habitar.

El trabajo de campo se desarrolló durante los años 2023 y 2024, período en el cual se realizaron capturas fotográficas en distintos momentos del año, permitiendo evidenciar las condiciones climáticas propias de la zona de la Cordillera del Quillaípe, específicamente en la localidad costera de Metri, comuna de Puerto Montt. El trabajo de gabinete, orientado a la selección, organización y análisis del material, se llevó a cabo durante los meses de abril, mayo, junio y julio de 2025. Los aspectos editoriales fueron abordados en el segundo semestre 2026.

Los registros fotográficos principales corresponden a una casa autoconstruida hacia la década de 1910, cuya configuración original incluía cocina, comedor, living y un dormitorio, estructura que posteriormente fue objeto de diversas ampliaciones en función de las necesidades familiares. Los durmientes de mañío, los apoyos de piedra rústica y la estructura interna de tablones de alerce con machihembrado realizado a mano constituyen elementos constructivos que aún subsisten en los sectores más antiguos del inmueble. Los revestimientos exteriores de tejuela de alerce dan cuenta, asimismo, del uso de recursos locales abundantes en esta zona colindante con el actual Parque Nacional Alerce Andino.

La vivienda referida se encuentra actualmente habitada, se emplaza en el kilómetro 30 de la Carretera Austral y pertenece a Hernán Chávez Olavarría. Complementariamente, las separatas del texto incorporan registros correspondientes a otra vivienda rural autoconstruida, datada en 1988, aún habitada y ubicada en la localidad de Pichiquema, comuna de Paillaco, que pertenecía a Robinson Briceño Martel. Así, dichas separatas, capturan escenas

cotidianas de una casa rural, que se encontraba deshabitada, al momento de la captura gráfica. Este trabajo en específico se desarrolló durante los meses de abril y junio de 2024. Las fotografías fueron capturadas mediante una cámara digital Canon DS 126431, procurando siempre resguardar criterios de fidelidad visual y no alteración del entorno registrado.

Uno de los principales dispositivos metodológicos fue la fotografía documental, concebida como una herramienta de producción de información etnográfica y no como un recurso meramente ilustrativo. Las imágenes fueron obtenidas mediante un registro sistemático orientado a documentar tanto la estructura general de las viviendas como sus ampliaciones, reparaciones, adaptaciones y soluciones constructivas. En coherencia con los planteamientos de la etnografía visual (Banks, 2001; Pink, 2013), las fotografías fueron entendidas como textos visuales susceptibles de análisis, capaces de aportar información sobre las prácticas de habitar, los usos del espacio, las decisiones técnicas y las relaciones entre las personas y su entorno.

No obstante, la interpretación de las imágenes no deriva exclusivamente de aquello que aparece en el encuadre. Cada registro fue contextualizado mediante la observación directa, notas de campo elaboradas durante y después del trabajo de terreno y, cuando fue posible, conversaciones y entrevistas abiertas con los habitantes. Esta articulación entre imagen, experiencia de campo y contexto permitió otorgar significado cultural a los registros y disminuir el riesgo de interpretaciones sustentadas únicamente en la apariencia visual.

Con el propósito de fortalecer la consistencia analítica, las interpretaciones fueron construidas mediante un proceso de triangulación. En primer lugar, se contrastaron las observaciones directas con los registros fotográficos; posteriormente, estas fueron enriquecidas con los relatos de los habitantes y, finalmente, confrontadas con la literatura especializada sobre arquitectura vernácula, patrimonio, cultura material y antropología del habitar. De este modo, el análisis incorporó tanto los aspectos materiales

observables como los sentidos prácticos y simbólicos asociados a las formas de habitar.

La selección de la muestra respondió a un criterio intencional, privilegiando viviendas rurales autoconstruidas ubicadas en sectores del sur de Chile caracterizados por condiciones climáticas exigentes y una relativa distancia de los centros urbanos. El interés metodológico no radicó en la representatividad estadística, sino en la capacidad de estos casos para comprender procesos sociales más amplios relacionados con la creatividad doméstica, la reutilización de materiales, la adaptación al entorno y las estrategias de autonomía desarrolladas por las comunidades rurales.

El trabajo de gabinete incluyó la organización, clasificación y sistematización del material empírico, así como la construcción progresiva de categorías analíticas bajo una lógica inductiva. En coherencia con los principios de la investigación etnográfica, las categorías emergieron del contacto reiterado con los registros visuales y las observaciones de campo, permitiendo interpretar la arquitectura cotidiana como una expresión cultural antes que como un conjunto de soluciones exclusivamente técnicas.

En consecuencia, las imágenes presentadas en este manual representan el resultado de un proceso continuo de observación, contextualización, diálogo e interpretación. Su valor no reside únicamente en documentar formas constructivas, sino en contribuir a comprender los conocimientos locales, las memorias, las estrategias de adaptación y las prácticas de habitar que dan sentido a la arquitectura cotidiana rural. Esta perspectiva metodológica otorga coherencia al conjunto de la obra y orienta al lector hacia una comprensión interpretativa de las fotografías y de los casos que se presentan en los capítulos siguientes.

Esta metodología se concibe también como un dispositivo pedagógico-formativo, orientado a estudiantes que se inician en el trabajo de campo y en los métodos cualitativos. En coherencia con la tradición etnográfica, el énfasis puesto en la observación sistemática, la reflexividad del investigador y la contextualización de

los registros busca no solo producir conocimiento, sino también formar una mirada etnográfica, capaz de comprender las prácticas sociales desde su propio entramado de significados, territorios y experiencias.

Paredes y pisos de la vida cotidiana



Pichiquema, Comuna de Paillaco

En esta pared convergen diversos materiales que, al ensamblarse, configuran una estructura que podría denominarse una “pared multimaterial”. Algunos de estos elementos parecen haber sido recogidos del entorno inmediato, mientras que otros corresponden a sobrantes de construcciones anteriores; todos, sin embargo, fueron reunidos en algún momento bajo la necesidad concreta de levantar una pared que hoy forma parte de la leñera principal de la casa. Se reconocen allí tablas de madera envejecidas, trozos de nylon tensados o colgantes, sacos plásticos descoloridos y planchas de zinc, tanto acanaladas como de recubrimiento, cuyas superficies evidencian el desgaste del tiempo. Materiales heterogéneos que se superponen sin un orden aparente, componiendo una pared frágil y persistente a la vez, que resiste el paso de los años y la presión constante del encastillamiento de la leña que empuja desde su interior.



Tejuelas “de afuerinos”

Este revestimiento domina los exteriores de la casa; su disponibilidad y resistencia explican que algunas secciones del frontis se hayan conservado con este recurso. Entre los “lugareños” se sabe que ciertas tejuelas pueden perdurar “*más de cien años*” y responder con firmeza al clima húmedo y ventoso de la zona. En este caso, las tejuelas aserradas de “*alerce*” corresponden a una renovación de las originalmente instaladas en 1920, aunque algunas de estas fueron desmontadas y reutilizadas en los exteriores de un ático, donde aún se mantienen. La tejuela es también ornamento: su ritmo, su textura y el tono grisáceo que adquiere con el tiempo forman parte del paisaje doméstico. Una técnica habitual busca “*ocultar*” los clavos para no interrumpir la superficie; sin embargo, aquí el carpintero los dejó a la vista, remachados de forma irregular, como respuesta al embate del viento y la lluvia. El propietario atribuye esta ejecución al carpintero que realizó el trabajo, dado “*que no sabía porque era de afuera*”.



Nuevos exteriores

Los cambios en los materiales de construcción y la incorporación de nuevos insumos en este ámbito han generado diversas adaptaciones en el mundo rural. En este contexto, la madera y las tejuelas, que durante siglos constituyeron los materiales de construcción por excelencia, han comenzado a retirarse progresivamente de las edificaciones del sur. Este desplazamiento se observa, en primer lugar, en aquellas secciones de las viviendas donde el *“mal tiempo golpea”* con mayor intensidad. En los *“últimos diez años”*, esta adaptación se ha vuelto más frecuente, expresándose en la utilización de *“planchas de zinc”* como material de recubrimiento. Inicialmente empleadas en *“techumbres”*, su adaptabilidad, espesor y resistencia favorecieron su incorporación como revestimiento en una amplia variedad de muros exteriores. En una etapa inicial, su uso se restringía a galpones y bodegas de los predios, para luego extenderse progresivamente a las viviendas.



Piso fuera de medidas

Algunas secciones de la casa, “*las más antiguas*”—como una parte del living, un dormitorio y un cuarto habilitado para “*guardar ropa*” y utensilios de aseo— conservan el piso original instalado en 1920. Otras áreas, en cambio, cuentan con “*piso flotante*”, lo que permite advertir la convivencia entre lo antiguo y lo moderno en un espacio relativamente reducido. En este caso, las tablas del piso presentan, en promedio, 25 centímetros de ancho por 3 centímetros de espesor. No todas mantienen exactamente esta medida, pues algunas alcanzan 23 o 24 centímetros de ancho; sin embargo, se encuentran cuidadosamente ensambladas. Destaca, además, el largo de las tablas, que alcanza cerca de 5 metros, una dimensión “*poco habitual*” en la actualidad, considerando que la estandarización industrial ha normalizado longitudes cercanas a los 3,20 metros.



Aseo antiguo y moderno

En un rincón de la casa, poco frecuentado y perteneciente al área más antigua, permanecen “arrumbados” dos objetos fundamentales para la mantención del piso original: un “chancho” y una “enceradora”. El primero, con más de sesenta años de antigüedad, fue fabricado en fierro fundido por la “Ferretería Zúñiga”. Este artefacto merece una atención particular, no solo por su peso y presencia material, sino porque aún se utiliza, recordando un pasado en el que “pasar el chancho” implicaba una secuencia exigente de acciones. Era el preámbulo del encerar: mover los muebles, barrer, “pasar la virutilla”, volver a barrer, encerar y, finalmente, “empujar el chancho” para extraer el brillo de las tablas. Esta tarea recaía generalmente en niños y adolescentes y era vivida como una de las labores domésticas más agobiantes, tanto por el esfuerzo físico como por su duración. En ocasiones, uno de los adultos realizaba la tarea en las mañanas, haciendo colisionar el chancho contra paredes o puertas de los dormitorios, despertando a los jóvenes e invitándolos a sumarse al trabajo. En la actualidad, la práctica persiste, aunque el esfuerzo ha sido sustituido por el uso de una enceradora eléctrica.

Muros y límites



Pichiquema, Comuna de Paillaco

Las paredes interiores y la forma en que estas superficies son utilizadas para cumplir múltiples funciones constituyen otra característica observable en algunas casas del sur. Esta lógica alcanza también a las paredes de las bodegas, como en este caso, donde una de ellas está marcada por un letrero promocional de la empresa COPEC, fabricado en metal, opaco por el paso del tiempo y probablemente entregado como obsequio al propietario por la compañía. A un costado del letrero se distinguen dos clavos incrustados en la madera: uno sostiene la placa metálica, aunque su cabeza sobresale y sobre ella cuelga un “zuncho”, frío al tacto y ligeramente oxidado. En el otro clavo se apoya la funda de la espada de la motosierra, dejando ver cómo la pared funciona como soporte práctico, donde los objetos cuelgan, chocan levemente entre sí y quedan siempre al alcance de la mano.



Chinche insignia

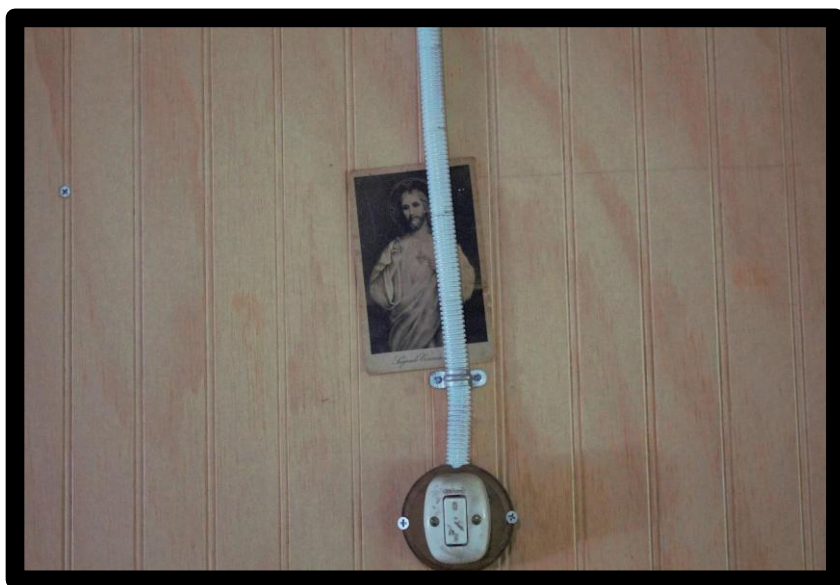
Esta fusión entre metal y tela resulta habitual cuando las paredes se transforman en espacios de “*cuelga y guarda*” en las casas del sur. En este caso, “*chinche e insignia*” encarnan de forma concreta esa unión material. No parece haber pared de madera que resista la acción insistente de estos pequeños elementos metálicos. Aquí, la “*tachuela*” atraviesa la tela y se hunde en la madera, fijando la insignia del Liceo de Hombres Manuel Montt de Puerto Montt sobre la superficie del muro. El paso de los años, junto con la nostalgia, despertó en uno de los integrantes de la familia —ex estudiante de ese liceo— la necesidad de preservar y rescatar esta insignia, disponiéndose para ser observada por quienes visitan la casa. El “*chinche*”, ubicado en el borde superior y al centro del emblema, permite asegurar su inmovilidad y ordenar visualmente la composición. El procedimiento descrito no reviste mayor complejidad, pero concentra un gesto silencioso de memoria y permanencia.



Clavos “bolseros”

Sin lugar a dudas, este es uno de los “*sistemas de ordenamiento*” más populares dentro de la casa y revela con claridad la practicidad del ingenio local. Este dispositivo doméstico se multiplica, en este caso, en una antigua habitación destinada al almacenamiento de ropa, conservas y útiles de aseo. En una esquina de la pieza sobresalen “*cinco clavos*” de gran tamaño, incrustados en la madera con “*cierto orden*” - dos arriba y tres abajo - y una inclinación precisa. También aparecen “*clavados*” en otras murallas de la vivienda y no cumplen otra función que no sea la de sostener bolsas que contienen los más diversos e incluso inimaginables objetos.

La experiencia acumulada por quienes realizan este tipo de instalaciones señala que es preferible utilizar clavos largos y firmemente clavados en ángulo, de modo que los “*tirantes*” de las bolsas queden bien afirmados. Estos clavos de “*tres*” (pulgadas) soportan bolsas de distintos tamaños y materiales, aunque predominan las de nylon, que cuelgan, se balancean levemente y permanecen siempre visibles y accesibles.



Sujetador de imagen “divina”

En una de las habitaciones de esta casa —y también en otras— es posible observar este sistema que puede ser denominado como “*sujetador de imagen divina*”. Una de sus principales ventajas, apreciable a simple vista, radica en su facilidad de instalación. Desde el punto de vista técnico, su implementación requiere que el tubo corrugado permanezca a la vista, para luego disponer una “*imagencita*” (impreso) entre la pared y dicho corrugado, que en este caso corresponde a la representación del “*Sagrado Corazón*”.

Otra ventaja es su “*versatilidad*”, ya que puede instalarse en cualquier habitación que cuente con este tipo de elemento eléctrico, ampliando así sus posibilidades de uso dentro del espacio doméstico y de paso un soporte simbólico y devocional. La convivencia entre infraestructura eléctrica e imagen religiosa no solo resuelve una necesidad práctica, sino que también da cuenta de prácticas culturales donde lo cotidiano y lo espiritual se integran de manera espontánea. De este modo, el muro doméstico se transforma en un espacio híbrido, donde se superponen dimensiones técnicas, simbólicas y afectivas.



Sujeta mapas

En el “*quincho*”, espacio que para un observador externo también podría ser calificado como bodega, es posible advertir esta singular forma de disposición mural. Sin embargo, al tratarse de un mapa, el objeto pierde su sentido meramente decorativo e introduce una interrogante plenamente razonable respecto de su función en dicho lugar.

Tampoco, cubre o tapa alguna anomalía de la pared. Así en una de las paredes principales de esta estructura destaca un “*mapa de Chile*”, adherido mediante un “*sistema de fijación simple*” y claramente improvisado, aspecto en el que se concentra la observación. Para ello se recurre a “*huincha de embalaje*”, con la cual el mapa es sujetado mediante dos fragmentos ubicados en su parte superior. No existe preocupación por medidas precisas, cortes prolijos ni criterios estéticos asociados al color o transparencia del adhesivo, lo que refuerza el carácter práctico, utilitario y circunstancial de este sistema de sujeción.

Ventanas y aire en la vida doméstica



Pichiquema, Comuna de Paillaco

Ventana antigua, construida en maderas nobles y marcada por el desgaste acumulado de los años, permanece en su lugar intentando sostener la función para la cual fue concebida. No obstante, su condición actual la vincula más a una solución improvisada que a un diseño original. La madera, afectada por la humedad y los ciclos estacionales, se ha expandido hasta quedar firmemente ajustada al marco, anulando la posibilidad de abrirla para ventilar el espacio interior. Frente a esta dificultad, emerge una respuesta práctica que da cuenta del ingenio campesino: la inserción de una cuña metálica, en este caso un “azadón”, dispuesto entre la hoja de la ventana y su marco. Este elemento de acero no solo cumple la función de mantener la ventana inmovilizada, sino que además sella definitivamente su posición, evidenciando una forma local de resolver, con los recursos disponibles, las tensiones entre materialidad, uso cotidiano y paso del tiempo.



Sujetador de ventanas

Este “*recurso técnico*”, de apariencia simple, entraña una alta eficacia cotidiana. Se emplaza en una ventana de uno de los baños de la casa, específicamente en aquel que mantiene una relación directa con el patio. Todo indica que su implementación respondió, en un inicio, a una solución provisoria, pensada para resolver de manera inmediata un problema funcional: mantener la ventana abierta para permitir la ventilación del espacio.

Sin embargo, con el transcurrir del tiempo, esta respuesta improvisada dejó de ser transitoria y se consolidó como un arreglo estable, transformándose en el “*sujetador oficial*” de la ventana del baño. Este particular recurso consiste en “reutilizar” - de ahí su compromiso ambiental - un envase en aerosol marca *Raid*, preferentemente en su versión insecticida “*mata pulgas y garrapatas*”, el cual es dispuesto cuidadosamente como palanca entre la hoja de la ventana y su base. Este “*gesto técnico*”, simple, asegura una apertura

permanente sin recurrir a modificaciones estructurales. Resulta significativo observar que el “*carácter insecticida*” del envase no garantiza la erradicación de los insectos que eventualmente transiten por la abertura. El objeto es resignificado en su uso, desplazando su función original para integrarse al repertorio de soluciones prácticas que articulan materialidad disponible, experiencia acumulada y economía de recursos, rasgos distintivos del habitar cotidiano en contextos domésticos rurales.



Cortinas con hilo de nylon

Prescindiendo del uso de tubos o barras destinadas convencionalmente a sostener cortinas, se observa la implementación de un sistema elemental que remite a prácticas domésticas largamente sedimentadas en el habitar rural. El recurso utilizado —un *“simple cordel o hilo de nylon”*— no solo cumple una función de soporte, sino que expresa una evaluación previa sobre la necesidad real de la cortina en ese espacio específico. Los *“visillos”*, suspendidos de este modo, encarnan una solución que se mantiene en una tensión constante entre lo transitorio y lo permanente: están ahí mientras cumplen un propósito concreto, sin aspirar a fijarse como un elemento definitivo de la habitación. En este marco, el *“hilito de nylon”* adquiere sentido en la medida en que sostiene aquello que no es imprescindible, materializando una lógica doméstica donde la funcionalidad inmediata, la economía de recursos y la experiencia acumulada orientan las decisiones técnicas por sobre criterios formales o estéticos.



Ventana de las herramientas

En el “*quincho-taller*”, la optimización del espacio constituye un principio organizador del uso cotidiano, y la ventana no escapa a esta lógica. La estructura que enmarca esta sección —particularmente los transversales de madera— es resignificada como soporte para el ordenamiento de diversas herramientas, entre ellas los “*fierritos*” utilizados para los “*anticuchos*”. Para tal efecto, se han instalado “*varios clavos*” directamente en la madera de los transversales, los cuales son posteriormente “*doblados*” hasta adquirir la forma de “*ganchos*”. Este sencillo procedimiento permite “*colgar*” los utensilios de manera visible y ordenada, evidenciando una práctica doméstica en la que la arquitectura se adapta a las necesidades del trabajo y el almacenamiento, integrando funcionalidad, economía de recursos y saber práctico.



Grandes ventanales

La funcionalidad que ofrecen las “*planchas*” onduladas transparentes, concebidas originalmente como material de techumbre, pero redestinadas en este contexto para cumplir la función de “*ventanas*” de gran tamaño, constituye una solución frecuente en las construcciones rurales. Según la orientación del espacio a cubrir, estas planchas pueden disponerse de manera “*horizontal o vertical*”, adaptándose a las condiciones específicas de cada recinto. La iluminación interior queda “*asegurada*”, ya que este recurso permite el ingreso constante de luz natural sin mayores obstáculos. Antes de la incorporación de estas adaptaciones, era habitual el uso de trozos de “*nylon*”, preferentemente transparentes, los cuales, debido a las condiciones climáticas, presentaban un rápido deterioro. En contraste, las planchas onduladas ofrecen una alternativa de mayor resistencia y durabilidad, consolidándose como una respuesta práctica frente a las exigencias del entorno y el uso cotidiano.



Pestillos con “clavos”

Este “*artefacto*” constituye, probablemente, uno de los sistemas de cierre más utilizados en puertas y ventanas del sur de Chile. Conocido comúnmente como “*pestillo*”, su instalación resulta simple y no requiere trabajos de albañilería. Cabe precisar que, en el ámbito de la quincallería, este dispositivo recibe el nombre de “*aldaba*”. Su estructura básica está compuesta por dos piezas: una principal, móvil, que se introduce en el denominado “*tornillo ojo*”, encargado de asegurar el cierre. En situaciones donde dicho tornillo no está disponible, suele ser reemplazado por una “*grapa*”. Sin embargo, en este caso particular, ante la ausencia tanto del tornillo ojo como de la grapa, la función de sujeción ha sido resuelta mediante un “*clavo doblado*,” dispuesto estratégicamente para atrapar el pestillo, evidenciando una adaptación que mantiene la funcionalidad del sistema a partir de recursos mínimos.

Energías del hogar



Pichiquema, Comuna de Paillaco

Utensilio heredado del pasado y, al mismo tiempo, plenamente vigente, la plancha de hierro se resiste a desaparecer de las cocinas del sur. En el mundo rural, este objeto cotidiano enfrenta la expansión de sus equivalentes eléctricos y, pese a ello, continúa siendo la compañera inseparable de la cocina a leña, espacio que la alimenta de calor constante y la cobija día y noche. La plancha de hierro, dispuesta sobre la superficie de la cocina, constituye una clara expresión de aprovechamiento energético: conserva el calor y permanece siempre disponible para cumplir su función cuando se le requiera. Ubicada al costado del cañón, “para no molestar a las ollas”, reafirma su presencia discreta pero persistente, dando cuenta de una materialidad que conjuga eficiencia, tradición y un modo particular de habitar el espacio doméstico.



Antena para “la tele”

Ubicado en el segundo piso de la vivienda, se encuentra un televisor análogo de aproximadamente veinte años de antigüedad que, pese al paso del tiempo, continúa plenamente operativo. En este contexto, rural, y “*alejado*” de la ciudad, la captación de la señal televisiva requiere de una “*antena*”, elemento indispensable para su funcionamiento. Para resolver esta necesidad, se ha dispuesto un “*alambre*” eléctrico que conecta el televisor con el tubo metálico que sostiene la cortina de la habitación, permitiendo así la “*recepción*” de una señal siempre “*esquiva*”. Resulta fundamental que dicho alambre se enlace al tubo mediante un fragmento de una “*antena antigua*”, de “*TV o radio*”, combinación que asegura la eficacia del dispositivo. Como recomendación práctica, se sugiere extremar el cuidado cada mañana “*al momento de abrir las cortinas*”, o incluso evitar hacerlo, ya que cualquier movimiento podría alterar la posición estratégica de la antena, alcanzada con considerable esfuerzo durante la noche anterior.



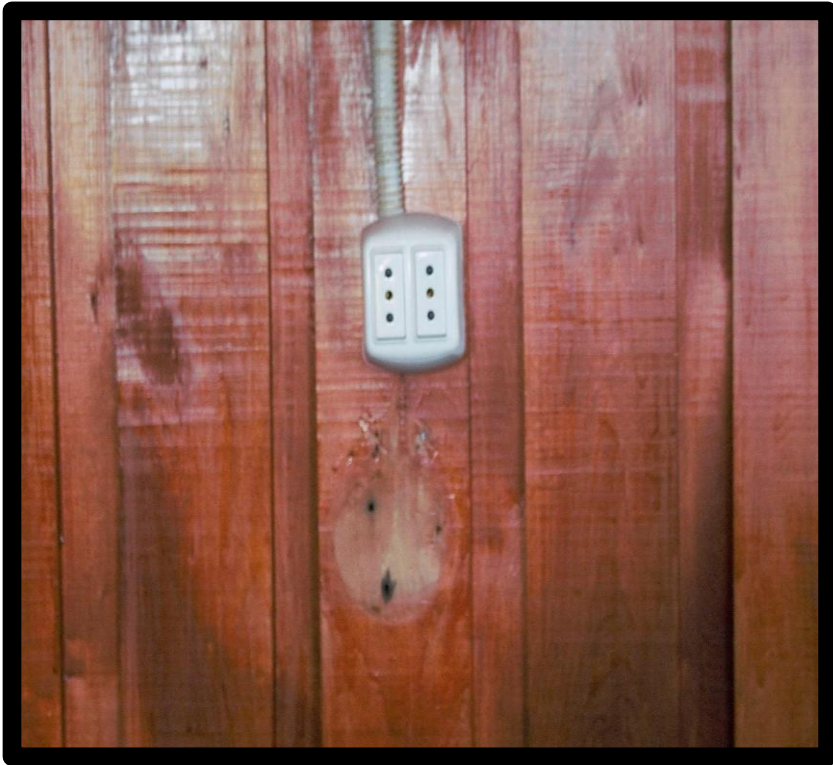
Conexión eléctrica directa

Estos cables eléctricos, unidos entre sí mediante “*huincha aisladora*”, constituyen una de varias “*conexiones*” de características similares que se distribuyen en la planta baja de la vivienda. Se trata de un sistema elemental que prescinde de la incorporación de una caja de distribución al circuito eléctrico, dispositivo protector que resulta “*ajeno*” a esta construcción. En consecuencia, al no existir dicha caja, las conexiones no quedan aisladas y los cables permanecen expuestos al contacto directo con la madera, sin que se adopten medidas específicas de resguardo frente a eventuales cortocircuitos. No obstante, resulta significativo que, más allá de esta exposición, el uso reiterado de huincha aisladora para unir los conductores evidencia la elevada “*confianza*” del electricista en este recurso. Asimismo, el color azul de la huincha adquiere un carácter particularmente relevante, ya que no solo cumple una función técnica, sino que también vuelve imposible que la instalación pase inadvertida, inscribiéndose visualmente en el paisaje doméstico de la casa.



Punto eléctrico

En el espacio habilitado como taller, y en una de sus paredes, se localiza esta “*instalación eléctrica*” cuya finalidad principal es privilegiar la optimización de la funcionalidad, dando lugar a una solución claramente *sui generis*. Para ello, se “*aprovecha*” un tubo que originalmente tenía como propósito alimentar un enchufe, el cual es intervenido para realizar una adaptación que permite la instalación de dos interruptores: uno de “*pared*” y otro correspondiente a una “*lámpara*”. En relación con este último, resulta particularmente significativo que haya sido fijado al muro mediante dos abrazaderas, (una en regular estado de conservación) pese a tratarse de un elemento concebido para un uso distinto. Esta disposición evidencia una “*técnica eléctrica*” orientada más por la necesidad inmediata y el aprovechamiento de recursos disponibles que por la adecuación a estándares formales de instalación.



Enchufes ascendentes

Para enfrentar los problemas habituales que se presentan en los enchufes debido a su uso intensivo, se recurre, llegado el momento, a su reparación mediante un procedimiento ya incorporado a la rutina doméstica. Este consiste en cortar los alambres y el tubo corrugado, para luego “*subir el enchufe*”, desplazando la conexión desde su ubicación original hacia un punto más alto del muro. De este modo, la instalación intervenida mantiene la línea vertical y puede ser elevada tantas veces como resulte necesario, adaptándose al desgaste progresivo del sistema. La “*huella*” de las posiciones anteriores queda “*momentáneamente visible*” en la pared, aunque se asume que será subsanada en una etapa posterior, “*cuando se pinte la habitación*”, borrando así las marcas dejadas por las primeras instalaciones y reescribiendo el uso en la superficie del espacio doméstico.

Puertas, trancas y lógicas de confianza



Pichiquema, Comuna de Paillaco

Una de las puertas de la bodega principal, destinada al almacenamiento de papas, leña y avena, se encuentra resguardada por un sistema de seguridad de “triple cerradura”, compuesto por trancas de madera dispuestas en la parte inferior de la antigua hoja. Entre ellas, una tranquita sobresale de manera particular, ya que ha sido fijada mediante un aislador eléctrico, elemento ampliamente utilizado en la década de 1960 para acompañar la cablería doméstica, instalada entonces “a la vista”. La presencia de este aislador, colocado sobre la tranca, no permite identificar con claridad una función específica dentro del sistema de cerrojo; más bien, parece responder a una reutilización de materiales disponibles, donde el gesto técnico prima sobre la lógica formal de la seguridad, inscribiéndose en una práctica doméstica que articula memoria material, improvisación y uso cotidiano. El cerrojo de más abajo tiene como función primordial evitar que los perros (u otros animales) entren a la bodega ya que la puerta puede ceder a la presión.



“Manilla” de puerta antigua

En el espacio que articula el living con uno de los dormitorios, se encuentra este añoso *“mecanismo”*, aún en pleno funcionamiento. Basta un simple orificio practicado en una vieja puerta y un *“cordón de nylon”* para dar forma a esta particular *“manilla”*. Su diseño resulta lo suficientemente manejable como para ser utilizado sin dificultad por *“todos los de la casa”*, sean estos niños y/o adultos. Desde el punto de vista funcional, se trata de una solución práctica: permite tirar de la puerta para abrirla y, posteriormente, cerrarla empujándola directamente, sin necesidad de *“accionar”* nuevamente la manilla. A ello se suma una ventaja implícita, casi recogida por un *“manual de instrucciones”* tácito, según el cual su durabilidad supera incluso a la de la propia puerta, resistiendo con mayor eficacia el paso del tiempo y el uso cotidiano.



Tirar el cordón

Las ampliaciones sucesivas en las casas rurales suelen provocar que puertas originalmente destinadas al acceso exterior queden incorporadas al interior de la vivienda. Ante esta transformación espacial, y con el fin de no modificar el sistema de cerradura — especialmente cuando la “*chapa*” queda expuesta para el uso de la llave— se recurre a una solución práctica ya conocida. Esta antigua puerta conserva el tradicional mecanismo de apertura mediante un “*cordón*”, que permite accionar la cerradura desde el interior. Para ello, el cerrojo es amarrado y basta un “*tirón*” del cordón para liberar la puerta. El procedimiento requiere la realización de un orificio en el centro de la hoja, por donde pasa el cordón, cuyo extremo opuesto se fija directamente al cerrojo. El tramo que funciona como “*tirador*” debe incorporar un nudo, u otro elemento similar, que impida que el cordón se deslice y termine desplazándose hacia el lado opuesto de la puerta, asegurando así su operatividad cotidiana.



Portones cerrados o “juntos”

Para un observador de origen citadino, el análisis de las nociones de “*seguridad habitacional*” que operan en el mundo rural suele resultar particularmente complejo. Un ejemplo de ello se manifiesta en el cierre de los portones y, en específico, en el uso de este mecanismo ampliamente difundido. En este contexto, adquiere centralidad un simple pedazo de alambre —denominado aquí “*alambrito*”— que constituye el recurso más recurrente para asegurar los portones de las distintas huertas de la casa: la del cedrón, la de los arándanos, la del invernadero ubicado detrás del galpón y la huerta contigua al gallinero. La ductilidad del alambre lo convierte en un material amigable para “*dejar cerrado*” el acceso; sin embargo, en la mayoría de las ocasiones es posible constatar que los portones permanecen apenas “*juntos*”. Esta última categoría resulta reveladora, ya sea de la fragilidad efectiva del recurso utilizado o de una cierta despreocupación asumida por los residentes, poniendo en evidencia una concepción de seguridad basada más en la confianza y el uso cotidiano que en el aseguramiento estricto del cierre.



Cadena y clavo

Cuando no se cuenta con un *“stock de alambre”*, se recurre a otra *“solución técnica”*: un segmento de cadena de aproximadamente diez centímetros, donde el *“hoyo de la cadena”* debe encajar sobre un *“clavo”* dispuesto estratégicamente para posibilitar el cierre de la puerta. Este mecanismo presenta ciertas ventajas prácticas: resulta más rápido de operar que el sistema del alambre y su eficacia descansa, principalmente, en el propio peso de la *“cadena”* actuando sobre el clavo. El tamaño del orificio del eslabón, considerablemente mayor en relación con el diámetro del clavo, facilita la maniobra y optimiza los tiempos de apertura y cierre, evidenciando una solución sencilla que privilegia la inmediatez y la funcionalidad en el uso diario de las puertas exteriores.



Pasar la cadena

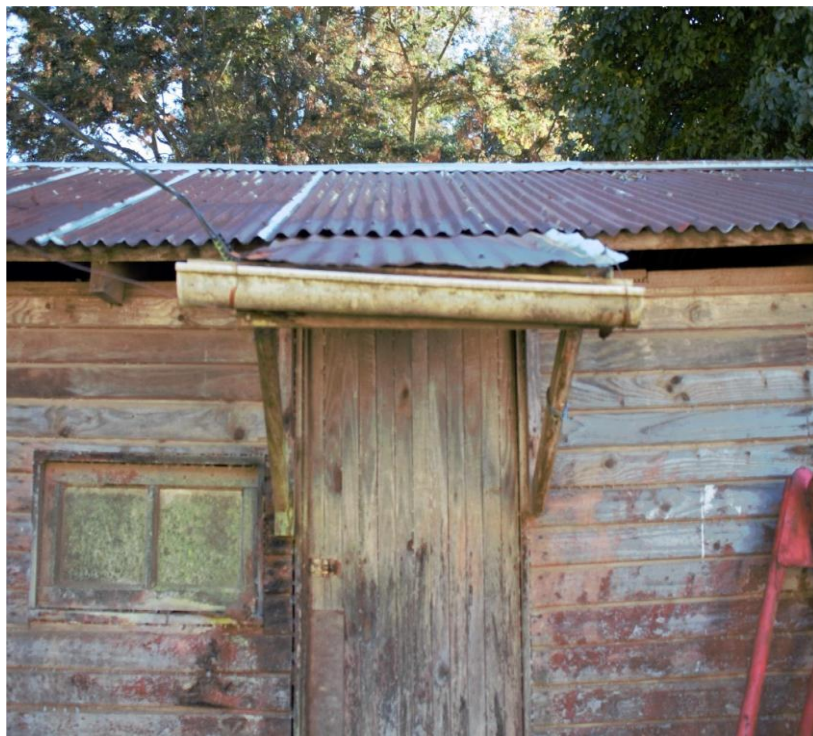
En el portón de una pequeña bodega exterior es posible identificar otro “*sistema de cerradura*”, cuya lógica se inscribe en prácticas ampliamente difundidas en los campos del sur. La expresión “*dejar pasada la cadena*”, de uso frecuente en estos contextos, adquiere materialidad en este tipo de adaptaciones, que exigen literalmente “*pasar la cadena*” para asegurar el cierre. En este caso, en el sector central izquierdo del portón, se ha practicado un orificio, “*se le ha hecho un cuadrado*” en una de las tablas del borde, allí donde convencionalmente se esperarías encontrar una cerradura; misma que no está, ni estará nunca. Dicho orificio, de forma cuadrada, permite el paso de una cadena gruesa que fija el portón a la estructura de la bodega. Uno de los extremos de la cadena permanece sujeto al pilar mediante “*grapas*” y cuelga libremente cuando no está en uso, lo que facilita su manipulación cotidiana y refuerza una solución técnica basada en la disponibilidad inmediata, la simpleza operativa y el saber práctico acumulado.



Agarradero de techo

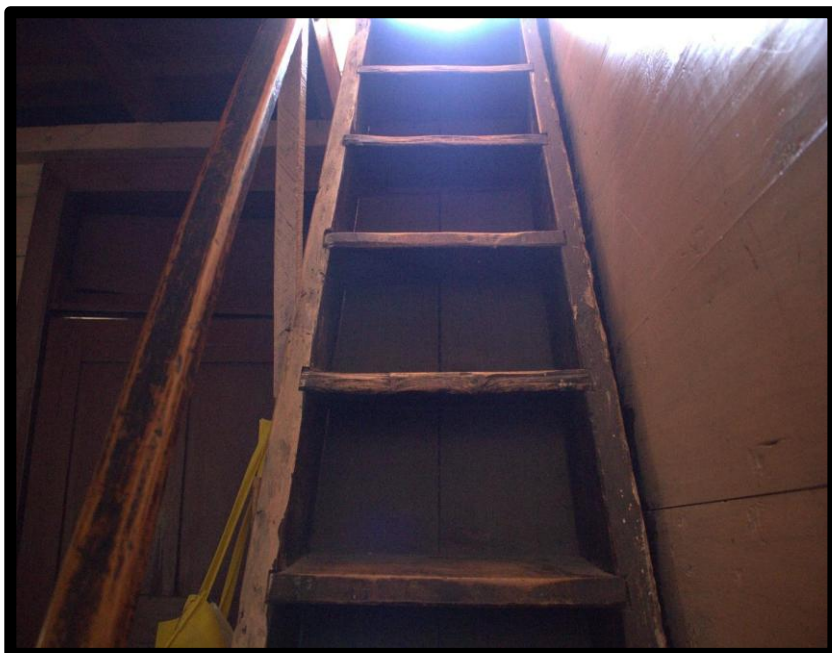
En el “*quincho-taller*” es posible advertir un elemento dispuesto en el cielo raso que llama la atención por su aparente disonancia con el entorno funcional del recinto. Un “*bastón*” de aproximadamente un metro, “*cuelga*” adherido al techo y se vuelve imposible de ignorar ante la mirada de cualquier observador. Este bastón se encuentra fijado a un marco de madera que corresponde al acceso al entretecho, resolviendo de manera simple la necesidad de abrir una entrada en el cielo raso. Desde el centro de este acceso cuelga este “*agarradero*”, cuya función es permitir levantar la tapa que lo cubre. Con una longitud superior al metro, el bastón permanece “*suspendido*” de la estructura, generando diversas elucubraciones en torno a su funcionalidad y a la relación entre eficacia técnica y estética doméstica que caracteriza este tipo de soluciones.

La casa en altura: objetos suspendidos



Pichiquema, Comuna de Paillaco

A aproximadamente veinte metros de la casa principal se levanta una bodega con cerca de cincuenta años de antigüedad, actualmente utilizada como leñera. En este espacio es posible observar la convivencia entre elementos de incorporación reciente y las maderas que remiten al momento original de su construcción. En el techo que cubre el acceso a la leñera destaca la presencia de una canaleta de PVC de color blanco, cuyo tono contrasta de manera evidente con el zinc oxidado de la techumbre. La disposición de esta canaleta parece responder a la intención de proteger a quien ingresa al recinto; sin embargo, todo indica que, durante las lluvias, el agua se escurre por los costados de la misma, mojando igualmente a quien intente acceder, evidenciando una solución técnica que, aunque bien intencionada, no logra resolver del todo la relación entre diseño, uso y condiciones climáticas.



Escala del pasado

Se trata de una estructura original que se conserva desde el año de construcción de la casa, en la década de 1920. Está confeccionada en madera de “*mañío*” y fue elaborada sin el uso de máquinas, según relatan los vecinos, quienes señalan que “*los antiguos hacían el machihembrado a mano*”, utilizando herramientas como “*bachas, serruchos y garlopas*”. El color amarillo original de la madera se ha ido oscureciendo con el paso del tiempo, producto de diversas intervenciones que han incluido capas de pintura y aplicaciones de “*cera de piso*”. La escala consta de once peldaños, cada uno de aproximadamente 45 centímetros de ancho, 25 centímetros de profundidad y un alto de 3 centímetros. Fue construida “*sin clavos*” y cumple la función de comunicar con el segundo piso de la vivienda, actualmente deshabitado. Se encuentra adosada a uno de los muros de la casa y conserva, en su costado izquierdo, un pasamano intacto, elaborado con la misma madera, reforzando la continuidad material y técnica de esta pieza constructiva. A un costado, se encuentra el sistema de “*clavos bolseros*”.



Canasto colgante

En la altura, aprovechando una viga expuesta de la estructura del techo de la pieza que funciona como despensa, se encuentra este “*canasto colgante*”, integrado a un conjunto más amplio de “*objetos suspendidos*”, práctica habitual en las casas del sur. Junto a él “*cuelgan bolsas, paraguas, herramientas*” y una extensa variedad de elementos de “*difícil clasificación*”, configurando un paisaje doméstico donde techos y muros operan como “*superficies de almacenamiento*”. Este cesto en particular contiene habitualmente ajos y diversas hierbas y, al situarse en altura, favorece su secado y conservación. Cabe notar que el asa del canasto se encuentra recubierta con huincha aisladora de color negro, recurso que presumiblemente cumple una función protectora; difícilmente podría atribuirse a un propósito decorativo, objetivo que, en este caso, no parece alcanzarse.



Nudos de la quesera

Cuatro tablas unidas mediante un soporte, de aproximadamente dos metros de largo por cincuenta centímetros de ancho, conforman una “quesera”, implemento destinado a permitir el “aireado” de los quesos y favorecer su proceso de maduración a lo largo de varias semanas. En este caso, la quesera adquiere altura al encontrarse “suspendida del cielo raso” de la pieza destinada a “despensa”, integrándose al sistema de almacenamiento en altura característico de este espacio. La solución práctica reside en el mecanismo de suspensión, compuesto por “amarras de nylon” que sostienen la estructura. Los nudos, dispuestos con una forma similar a un “trapecio”, no solo aseguran la estabilidad de la tabla, sino que además permiten operacionalizar su uso cotidiano, evidenciando una combinación de simplicidad técnica, funcionalidad y saber empírico aplicado.



Sellado de claraboya

Los “arreglos” constituyen acciones permanentes en la vida cotidiana de la casa. En este caso, se observa una intervención de reciente data asociada a la instalación de una “claraboya”, la cual quedó con “*ciertos detalles*” sin resolver. Uno de ellos corresponde a un orificio amplio y claramente visible, que comenzó a generar problemas prácticos. Para subsanar este vacío en el techo de la bodega-taller, producido porque la plancha de policarbonato no logró ajustarse adecuadamente a la estructura de soporte, se optó por una “*solución muy particular*”. El agujero fue “*taponeado*” mediante vellones de lana de oveja, recurso disponible en el entorno; sin embargo, el material no quedó suficientemente aprisionado y con el tiempo comenzó a soltarse, permaneciendo expuesto y a la vista. Las “*explicaciones*” entregadas por el marido respecto de esta reparación no coinciden con la interpretación de la esposa, quien, al ser consultada sobre el arreglo realizado por su marido, señaló con evidente distancia crítica: “*ese es su maestro, esos son sus arreglos y más encima dejó todo tirado*”.



Agenda envasada

En la cocina, detrás de una de las puertas y en el sector donde se concentran los interruptores, se encuentra este dispositivo adherido a la pared, suspendido en altura mediante un “clavo”. A primera vista, se trata de una “*botella plástica*” a la que se le ha retirado la parte superior; sin embargo, este objeto cumple una función específica. En su interior se “*resguardan*” los números de teléfono celular considerados relevantes para la familia, anotados en pequeños papeles y depositados en esta botella recortada, que opera así como una “*agenda envasada*”. Siempre presente y a la vista de todos, el dispositivo termina por mimetizarse con el entorno, volviéndose casi inadvertido. Esta agenda envasada se constituye, además, en un testimonio material de resistencia frente al registro de estos datos en los propios teléfonos móviles, privilegiando una forma analógica de memoria doméstica.

Arquitecturas de gallineros



Pichiquema, Comuna de Paillaco

El cerco que delimita el patio del gallinero está compuesto por malla y una diversidad de otros elementos utilizados como estructuras de contención, recurriendo a todo aquello que pueda cumplir dicha función. Predomina aquí una lógica de reutilización y reaprovechamiento de materiales, expresión clara de la autoconstrucción característica de los predios rurales. Árboles y muros preexistentes son utilizados como pilares, a los que se integran retazos de malla, trozos de madera, latas y, en este caso particular, un antiguo letrero que advierte “Peligro, no pasar”. Este último mensaje se inscribe simbólicamente en el espacio del gallinero, no como advertencia para personas, sino como un dispositivo que contribuye a delimitar el territorio de las aves, señalando —aun sin necesidad del texto— el umbral frente a las amenazas de depredadores y configurando los límites materiales de su refugio.



Nylon en las ventanas

En la huerta de la casa, específicamente en el sector denominado la “quinta”, se erige el gallinero, que se presenta como una de las construcciones más señeras del patio de la propiedad. En cuanto a los materiales empleados, esta estructura fusiona elementos modernos y tradicionales, siendo el “nylon” uno de los componentes protagónicos. Su presencia resulta particularmente visible en las amplias “ventanas” de nylon que conforman parte importante de la construcción, las cuales se articulan con planchas de zinc y tablas de madera dispuestas en la base del gallinero. Estos elementos se ven reforzados, además, por una “malla de alambre” que envuelve la estructura, consolidando su cierre. En conjunto, esta combinación de materiales y soluciones constructivas permite asegurar que resulte altamente improbable que las “gallinas logren escapar” de este recinto, evidenciando una lógica de contención eficaz basada en la superposición de recursos disponibles.



Nidos tradicionales y modernos

En el gallinero familiar, ubicado en el patio lateral de la casa, se observa en su interior el uso extensivo de lo que en otro tiempo fueron *“cajones de tomates”*, ahora reutilizados como nidos para las aves. No obstante, este pasado reciente, en el que el *“cajón tomatero”* cumplía un rol central como espacio de anidación, se enfrenta hoy a una amenaza de desaparición, ante la progresiva irrupción de cajas plásticas que anticipan una pronta resolución de esta *“batalla por los nidos”* al interior del gallinero. Más allá de lo sugerente de estas reflexiones, en este caso no se dispone de antecedentes que permitan conocer las *“preferencias o inclinaciones”* de las gallinas respecto del uso de uno u otro tipo de nido, quedando esta decisión inscrita, por ahora, en el ámbito de lo indeterminado.



Comedero techado

Este gallinero incorpora en su patio una pequeña construcción denominada “*comedero*”, la cual, dadas las condiciones climáticas del sur de Chile, se encuentra debidamente techado. En este contexto, se levantó un techo de baja altura, cuyas dimensiones guardan relación directa con el tamaño de las gallinas, construido con “*planchas de pizarreño*” dispuestas con una leve inclinación que permite el escurrimiento de las lluvias. Bajo esta cubierta se instalan distintos depósitos destinados al almacenamiento de agua y recipientes para el alimento de las aves. Así “*ollas en desuso, neumáticos viejos y otros contenedores*” adaptados cumplen esta función y son rellenos de manera constante con granos, evitando que se mojen en un patio que, durante los días de lluvia, se ve rápidamente invadido por el barro.



Lavadora de gallinero

Una vieja lavadora, de un modelo redondo muy popular en el pasado, marca “Fantuzzi”, ubicada en el centro del gallinero principal de la propiedad, instala una “interrogante” respecto de su presencia en ese lugar. El artefacto sobrevive a las dinámicas cotidianas de las residentes del gallinero y nadie recuerda con certeza si fue dispuesto allí con algún objetivo específico, lo cierto es que “destaca” a simple vista. Con todo, resulta inevitable que emerja esta intriga en torno a la funcionalidad —o ausencia de ella— de la lavadora Fantuzzi en dicho espacio, quedando su permanencia inscrita en una zona ambigua entre el olvido, la reutilización potencial y la inercia material del entorno doméstico rural.



Comedero bajo techo

En el centro del gallinero se encuentra instalado un “comedero” destinado a las gallinas. Se trata de un “tubo de lata”, similar a los utilizados como cañón en las cocinas a leña, suspendido del techo mediante un “hilo de nylon” que le permite mantenerse en posición vertical y cumplir adecuadamente su función. El comedero se apoya sobre un depósito, que en este caso corresponde a una “olla vieja”. En el interior del tubo se deposita la avena y “el concentrado”, los cuales descienden progresivamente a medida que las aves extraen el alimento por la parte inferior. Este mecanismo posibilita un abastecimiento que puede extenderse por varios días, dependiendo del nivel de consumo de las gallinas, regulando de manera simple la disponibilidad del alimento. Su principal ventaja radica en que se trata de un dispositivo colectivo y solidario, diseñado para el uso compartido y continuo dentro del gallinero.

Trayectorias del agua: circuitos y soluciones



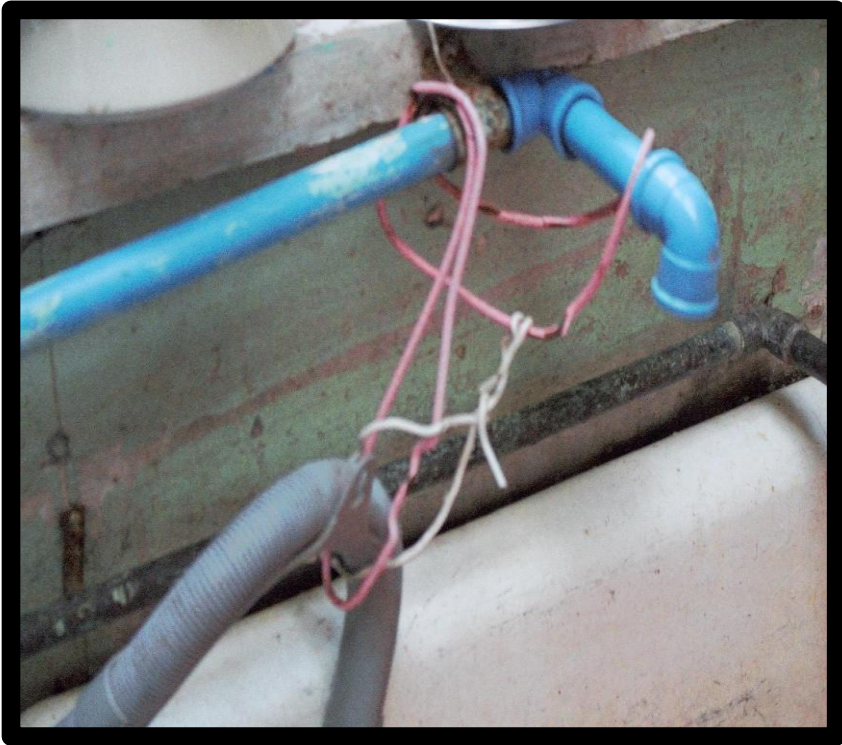
Pichiquema, Comuna de Paillaco

Cercano a los gallineros se encuentra instalada una llave de agua que provee este elemento vital al sector, dispuesta en altura mediante un poste de madera. Desde allí es posible extraer el agua tanto en baldes y distintos recipientes como mediante la conexión de una manguera. Sin embargo, lo significativo en este caso radica en el intrincado sistema de amarre y sujeción que fija la llave y la manguera de PVC al poste. Para estos efectos resulta imprescindible el uso de tiras confeccionadas a partir de bolsas de harina, preferentemente, las cuales se amarran primero al madero y luego a la llave, logrando así su inmovilización sobre la estructura de madera. Este procedimiento evidencia una solución técnica basada en la reutilización de materiales disponibles y en un saber práctico orientado a asegurar la estabilidad y el uso cotidiano del dispositivo.



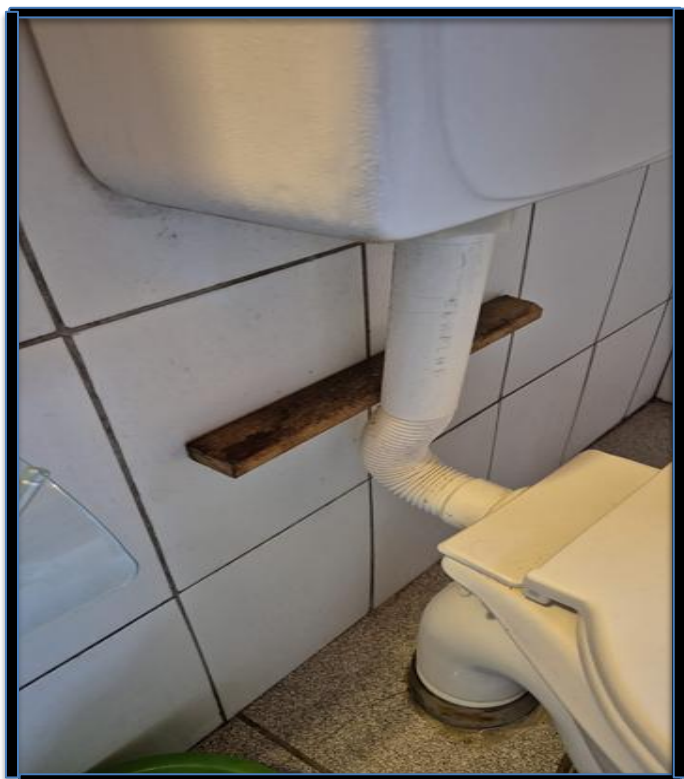
Goma “transitoria permanente”

Una llave de agua instalada en el patio de la casa, encargada de proveer el vital elemento hacia el exterior, es intervenida mediante un mecanismo reparador tradicional y de larga data. Para enfrentar una “fuga” en la cañería, específicamente en la parte superior de la “llave de paso”, resulta imprescindible recurrir al uso de una “tira de goma”, bajo la excusa de “por mientras”. Esta tira de goma debe tener, idealmente, un ancho aproximado de cinco centímetros y un largo suficiente para envolver la rotura, generando un sello que impida la continuidad de las filtraciones y goteras. Preferentemente, la goma proviene de una “cámara de neumático” —ya sea de automóvil o bicicleta— material que ofrece la dimensión y adherencia adecuadas para ser “enrollado” firmemente sobre la cañería y asegurado mediante un nudo realizado con la misma goma. Este tipo de soluciones, concebidas inicialmente como respuestas de emergencia, tienden con frecuencia a prolongarse en el tiempo, transformándose en arreglos de carácter permanente.



Amarrando la manguera

En uno de los cuartos de la casa, adosado al baño, se habilitó un espacio destinado a *“lavandería”*. En este contexto, el artefacto que domina la dinámica de este lugar, es una lavadora semiautomática. Con el fin de optimizar el desagüe de este moderno artefacto se usó el *“pilón”* y se procedió a fijar la manguera de la lavadora a una cañería previamente instalada. Para ello se recurrió al sempiterno *“alambre”*, recurso que permite resolver el problema de la vibración de la manguera cuando la lavadora expulsa el agua utilizada. Mediante un *“amarre”* con alambre de uso eléctrico, la manguera de desagüe queda sujeta a la cañería que forma parte de la estructura del lavadero, evitando así su *“desplazamiento”* y la dispersión del agua. Este arreglo prioriza la eficacia funcional por sobre cualquier consideración estética, inscribiéndose en una lógica de resolución práctica.



Sujetador de tubo de estanque

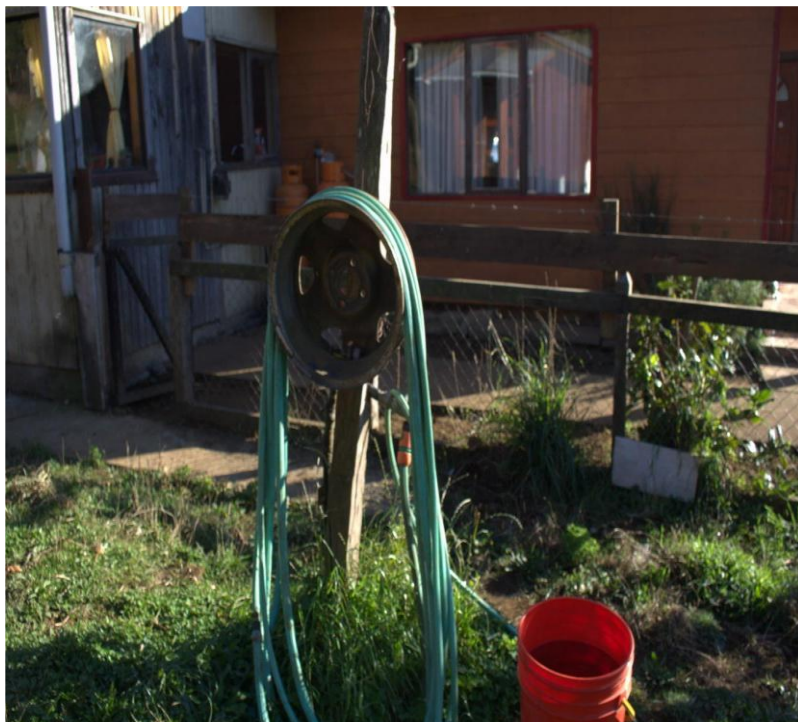
En los contextos rurales, cuando escasean los accesorios destinados al baño —ya sea por dificultades en la adquisición de utensilios o por la ausencia de personal especializado— se hace necesario recurrir a adaptaciones urgentes. En este caso, entre el estanque de agua y la taza del WC se procedió a “inmovilizar” el tubo de descarga, el cual, al no encontrarse lo suficientemente fijo, comenzaba a soltarse y a desconectarse progresivamente. Para “resolver” esta situación, no sabemos si “transitoria o definitivamente”, se adaptó un trozo de madera, específicamente un listón de aproximadamente cincuenta centímetros de largo, que al ser dispuesto entre la pared y el tubo logra presionarlo e inmovilizarlo. Esta solución permite prescindir del uso de abrazaderas y de las perforaciones que estas implican, evidenciando una respuesta técnica simple, eficaz y ajustada a los recursos disponibles.



Cañerías externas

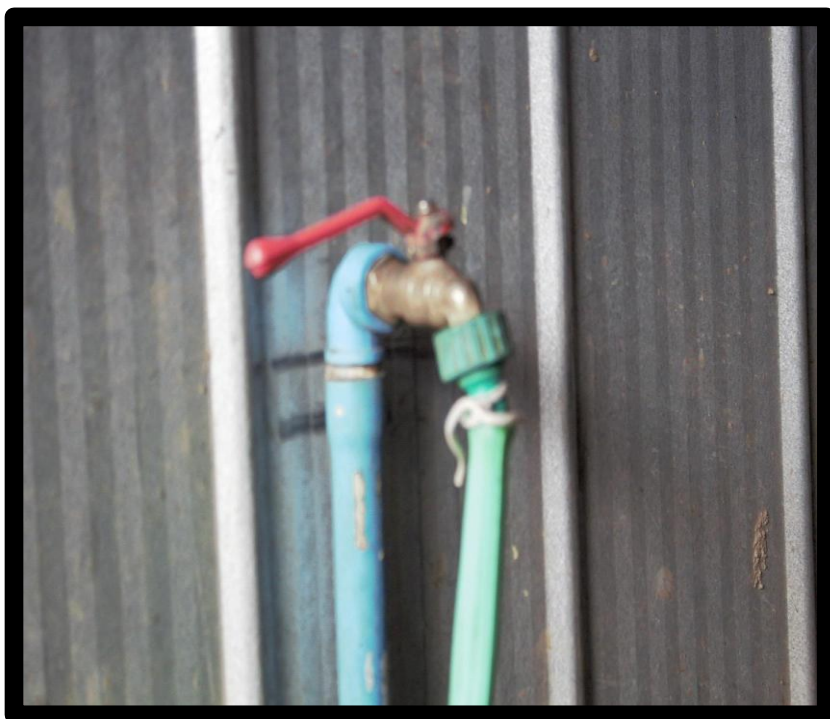
En una vivienda añosa, donde cualquier arreglo en sus dependencias supone costos elevados, se hace necesario recurrir a adaptaciones que, en muchos casos, se distancian de criterios de estética arquitectónica. En este caso, considerando que la construcción exterior se encuentra revestida con planchas metálicas y que el diseño original no contemplaba el paso de cañerías por el interior, se optó por una solución particular. Las “cañerías de PVC”, destinadas al transporte de agua se disponen por el “exterior” de la vivienda, adosadas a su estructura. De este modo, recorren los muros externos y, para sortear las esquinas de la casa, se utilizan “codos” que permiten redireccionar el trazado de la cañería, resolviendo así la dificultad sin intervenir la estructura interna. También, se halla presente el alambre como “sujetador” de las cañerías. Esta disposición evidencia una respuesta técnica pragmática, orientada a la funcionalidad y al ahorro de recursos, antes que a la coherencia formal del conjunto arquitectónico.

Amarres y cercos: delimitar el territorio



Pichiquema, Comuna de Paillaco

En el jardín principal, adosada a un poste de madera, se encuentra instalada una “manguera de PVC de 3/4”, mientras que sobre el mismo madero se dispone una llave que provee agua al frontis de la vivienda familiar a través de dicha manguera. A partir de este soporte se ha implementado un novedoso sistema de “porta manguera”, estructurado mediante la fijación de una llanta de automóvil al poste, lo que permite enrollar la manguera con notable facilidad. Aunque no resulte estrictamente relevante, cabe precisar que la llanta correspondía originalmente a una “Chevrolet LUV” y ha sido reciclada con particular acierto para estos fines. Entre sus ventajas destaca su resistencia al agua y a las condiciones climáticas imperantes, así como la ausencia de preocupaciones asociadas al montaje de neumáticos, balanceo o alineación, aspectos que, en este nuevo uso, carecen por completo de sentido.



Abrazadera de alambre

Una llave de agua, de exteriores, una manguera y el “*sempiterno*” trozo de alambre conforman aquí un conjunto mínimo, donde este último elemento se vuelve pieza clave para resolver los desafíos diarios del mundo rural. Ante la ausencia de una abrazadera destinada a sujetar la manguera, se opta por estrangular la “*punta*”, mediante un “*trozo de alambre*” —en este caso, de uso eléctrico— que cumple la función de una abrazadera improvisada, que terminará siendo “*definitiva*”. Gracias a esta “*reparación*” es posible asegurar el funcionamiento del suministro de agua en el patio de la vivienda. El alambre, cuidadosamente enrollado y ajustado sobre la manguera, asume así el rol de sujeción, aunque para su correcta ejecución resulta indispensable contar con un “*alicate*”, herramienta básica que permite apretar y fijar el amarre con la fuerza necesaria.



Faroles amarrados

La reja de alambre que protege una de las numerosas huertas de la propiedad funciona, a su vez, como soporte para la instalación de estos “*faroles solares*”, de rendimiento lumínico más bien “*dudoso*”. El sistema de fijación de los faroles a la estructura se resuelve mediante un delgado cordel que asegura la pieza luminosa a la “*mall*”, otorgándole estabilidad permanente. En este caso, “*amarrarlos a la reja*” parece haber sido la única alternativa considerada al momento de su instalación; sin embargo, los “*amarres*” presentan tal diversidad entre un farol y otro que terminan por singularizarlos. A lo largo de la reja se observan varios de estos faroles dispuestos sin un criterio evidente de uniformidad, y cada uno exhibe un sistema de sujeción distinto. Más que una búsqueda de regularidad, aquí parece primar una lógica donde la variación en los amarres se acepta —o incluso se cultiva— como parte del arreglo.



Separador de huertas

La necesidad de ofrecer soluciones rápidas y eficaces impulsa una serie de innovaciones y adaptaciones en el terreno familiar. En este caso, el desafío consistía en separar dos pequeños espacios, para lo cual se recurrió al uso de una *“malla tipo red en altura”*. En este caso el alto del cerco no se concibe como un obstáculo cuando se dispone de un trozo de red y se requiere delimitar una huerta, pues bastan *“dos largueros, algunos clavos”* y el asunto queda aparentemente resuelto. No obstante, esta solución presenta *“efectos colaterales”*, ya que la malla dispuesta en altura tiende a atrapar fauna local y otros elementos que, durante la noche, transitan por ese nivel del espacio, incorporando consecuencias no previstas a una intervención concebida desde la urgencia y la funcionalidad.



Recolector de aguas lluvias

El agua lluvia es aprovechada y, sin mediar grandes complejidades técnicas, se implementa una fórmula sencilla para la recolección de este vital elemento. Aprovechando la inclinación de la techumbre de una bodega, se disponen alineados cuatro depósitos —en este caso, “tres baldes” y un “lechero”— que reciben directamente las aguas lluvias que descenden por la línea de caída del “techo de zinc”. No existe sistema de alerta cuando estos recipientes alcanzan su límite de llenado y entonces, se debe estar “echando un ojo” a estos contenedores. Estos recipientes se utilizan según las necesidades cotidianas y, una vez vaciados, son devueltos a su posición original, permaneciendo así constantemente disponibles para la recolección. Esta práctica evidencia una gestión doméstica del agua basada en la observación del entorno, la economía de recursos y la reiteración de un gesto técnico simple y eficaz.

Arreglos menores e ingenios mayores



Pichiquema, Comuna de Paillaco

Una tina de baño dispuesta en el piso del fogón se transforma en el soporte ideal para materializar un asado, en este caso de cordero. La estructura de cemento, concebida originalmente para cumplir la función de “fogón”, permite el acomodo y la superposición precisa de la tina, integrándose sin dificultad al conjunto. Esta última contiene las brasas del carbón y, al mismo tiempo, actúa como barrera frente al viento, posibilitando una emisión del calor más uniforme. Sobre la tina se encuentra posicionada una gran campana metálica destinada a la extracción del humo; sin embargo, su ubicación a demasiada altura impide que esta función se cumpla de manera efectiva, generando una humareda interna de proporciones considerables. Esta disposición da cuenta de una solución funcional que, aunque eficaz en ciertos aspectos, revela tensiones entre diseño, uso práctico y condiciones materiales del espacio.



Botellas para las chaquetas amarillas

En la leñera se observa la implementación de un sistema denominado *“trampa para las chaquetas amarillas”*. Este consiste en botellas plásticas vacías, de *“preferencia”* de un litro y medio, suspendidas del techo, a las cuales se les practica una abertura lateral. En su interior se agrega una pequeña cantidad de arena, que se deposita en el fondo, y posteriormente se rellenan con *“chicha de manzana”*. En este contexto, las *“chaquetas amarillas”*, atraídas ya sea por la luz, por la botella o por el brebaje —opciones que no concitan pleno consenso— ingresan por la abertura y quedan atrapadas en su interior, acumulándose hasta terminar apiladas sobre el líquido. El creador de este sistema, al referirse a su efectividad, señaló que las chaquetas amarillas morían *“abogadas y curadas”*, expresión que sintetiza, con humor local, el resultado de esta solución práctica.



Vigas expuestas

En una de las múltiples *“ampliaciones de la vivienda”* se materializó una construcción destinada a funcionar como techumbre de un patio, la cual articula dos secciones de la casa: una de origen antiguo y otra de incorporación más reciente. En este contexto, es posible advertir la *“creatividad del carpintero”* al concebir una estructura general capaz de soportar la techumbre y otorgar firmeza progresiva a las vigas mediante una serie de adaptaciones. Destaca especialmente el madero que cumple la función de viga maestra, sobre el cual se fueron incorporando pequeños trozos de madera hasta conformar una estructura continua y coherente, destinada a reforzar las extensiones. Todas estas vigas permanecen expuestas, evidenciando una solución constructiva que privilegia la funcionalidad estructural y deja a la vista el proceso mismo de su armado.



Zapatero en altura

En el ingreso posterior de la vivienda principal, específicamente en el espacio que se configura a partir de un pequeño techo destinado a proteger el acceso por la puerta trasera, se implementó una “solución” para el “resguardo” de los zapatos. Esta disposición responde al uso habitual de este acceso por parte de los residentes, quienes al ingresar a la casa sustituyen el calzado utilizado en el exterior por “pantuflas” destinadas a los espacios interiores. Para estos efectos, se utilizó un antiguo “cajón de tomates”, el cual fue adosado a la pared a una altura aproximada de un metro y medio, habilitando así un soporte funcional que permite organizar estos objetos y resolver de manera práctica una rutina cotidiana vinculada al habitar doméstico. En el interior de la “caja colgante”, se guarda el “lustrín” con sus implementos de aseo.



Botiquín veterinario

En el galpón también se recurre a la adaptación de elementos concebidos originalmente para otros fines. En este caso, esta lógica se expresa en la fijación en altura de lo que fuera una pequeña caja de madera, resignificada como un “*botiquín*” improvisado. Se trata de una caja que en su momento fue utilizada para “*guardar clavos*” y que ahora ha sido dispuesta sobre un listón de madera y clavada por su base en uno de los pilares de la estructura. En esta “*nueva función*”, la caja sirve para almacenar remedios destinados a algunos animales que, en determinadas temporadas, se mantienen en el predio, evidenciando una práctica de reutilización que articula disponibilidad de materiales, necesidad inmediata y saber doméstico aplicado.



Almohada de bolsa

Como ocurre en muchos dormitorios del sur de Chile, donde en un pasado reciente se recurría a las “*bolsas de harina*” para la confección de “*fundas y sábanas*”, es posible encontrar aún estas piezas textiles en buen estado de conservación. Las bolsas de harina eran abundantes en ese entonces, dado que el pan se elaboraba en las propias casas y la inexistencia de panaderías en el medio rural hacía de estas telas un recurso disponible para usos domésticos. En este caso particular, la materia prima proviene del “*Molino Las Canoas*”, ubicado este último, en la ciudad de San Carlos, a una distancia aproximada de setecientos kilómetros. Para su uso cotidiano, estas bolsas transformadas en “*ropa de cama*” suelen complementarse con una funda adicional que cubre la almohada, integrando así una práctica que combina reutilización, memoria material y funcionalidad doméstica.

Técnica en movimiento: doblar y adaptar



Pichiquema, Comuna de Paillaco

El acceso trasero de la casa constituye un ámbito pendiente en materia de seguridad si se lo analiza desde parámetros urbanos. Se trata de una puerta posterior, revestida con latón y con la pintura visiblemente deteriorada en su parte inferior, desgaste producido por la innumerable cantidad de veces que ha sido abierta utilizando los pies. Este uso da cuenta de uno de los sistemas más tradicionales para abrir la puerta sin necesidad de esperar que otra persona lo haga desde el interior de la vivienda. Permanece plenamente vigente la instalación de una cuerda, tira, pita o hilo grueso como mecanismo de apertura: uno de sus extremos se fija al pestillo interior y el otro se extiende hacia el exterior, permitiendo jalarlo para abrir la puerta. De este modo, se evita “molestar” a los residentes, quienes, en ausencia de este recurso, tendrían que acudir cada vez que alguien requiera ingresar, evidenciando una solución práctica orientada a la autonomía y a la fluidez del uso cotidiano del espacio doméstico.



Sobre el pilar

En el cuarto destinado a despensa se observa un “arreglo” que da cuenta de una solución de carpintería básica marcada por la simpleza, sin que ello implique una pérdida de armonía en el conjunto. En este caso, se adapta una “cañería de uso eléctrico” para permitir la continuidad de su recorrido a través de un pilar estructural, evitando la perforación del madero y ajustándose a la forma del obstáculo. De este modo, “la conexión” se abre paso entre las restricciones materiales del espacio. El pilar de madera, de sección redondeada, contrasta visualmente con la cañería plástica, que mantiene un trazado rectilíneo, produciendo un impacto inmediato que evidencia la solución práctica adoptada y la tensión entre forma estructural y adaptación funcional.



Muesca a la viga

Otro ejemplo de cómo se sortean las dificultades derivadas de los cálculos iniciales de una instalación se observa en una estufa a leña de combustión lenta. Esta fuente de calefacción se encuentra ubicada en el primer piso de la vivienda y requiere proyectar los cañones de evacuación de humo hacia el exterior, atravesando necesariamente el segundo piso. En ese recorrido se advierte que la salida no alcanza la medida planificada, lo que obliga a realizar un “ajuste” sobre la marcha. En este caso, el “cañón de la estufa” intercepta una de las vigas expuestas del cielo raso y, al resultar inviable modificar dicho elemento estructural, se procede a practicar una “muesca” que permite el paso del tubo. No obstante, la cercanía entre ambos elementos es tal que el cañón roza la madera, lo que permite suponer que, tras varias horas de funcionamiento, esta se caliente considerablemente, evidenciando una solución técnica que prioriza la continuidad funcional aun cuando introduce nuevos riesgos potenciales.



Árbol soporte

En el predio principal, donde se emplaza uno de los gallineros más importantes de la propiedad, es posible advertir nuevamente la lógica de “sortear obstáculos” frente a imprevistos. En este caso, ya sea durante el proceso de construcción o a raíz de alguna contingencia posterior que hizo necesario reforzar la techumbre del gallinero, se recurrió a un “tronco de árbol” dispuesto como soporte y pilar estructural. En territorios donde la lluvia y el viento son fenómenos habituales y de considerable intensidad, el afirmar o reforzar las construcciones constituye una práctica recurrente, evidenciando una adaptación constante a las condiciones climáticas y una utilización pragmática de los recursos disponibles en el entorno inmediato.



Cañerías multifuncionales

Los invernaderos constituyen una estructura clave en los predios rurales del sur y, en consecuencia, muchas de las huertas que cuentan con este tipo de instalaciones deben ser reparadas cada año durante la primavera y el verano, con el fin de subsanar los efectos acumulados del invierno. En este caso, los *“soportes internos”* que dan forma al invernadero están contruidos a partir de cañerías de PVC, curvadas aprovechando la flexibilidad propia de este material. Si bien la función original de estas cañerías es el transporte de agua, en esta ocasión son resignificadas para cumplir un objetivo estructural. Asimismo, *“los vientos que sujetan el nylon a la armazón”* se encuentran amarrados a *“estacas”* confeccionadas también con tramos de cañería de PVC. Este recurso aporta flexibilidad a la estaca, a diferencia de la madera, y permite, además, reutilizar los retazos de cañería que suelen proliferar tras cualquier arreglo de agua en el campo, integrándose de manera funcional al sistema constructivo del invernadero.

Conclusiones

Las transformaciones experimentadas por el mundo rural del sur de Chile durante las últimas décadas no han significado la desaparición de sus formas particulares de habitar. Por el contrario, los avances en conectividad, servicios e infraestructura han coexistido con prácticas locales que continúan respondiendo a las condiciones específicas del territorio, del clima y de la vida cotidiana. Lejos de constituir una simple reproducción de modelos urbanos, las viviendas rurales observadas revelan procesos permanentes de adaptación, apropiación y resignificación de materiales, técnicas y conocimientos, configurando una arquitectura donde la funcionalidad y la experiencia acumulada adquieren un papel central. La modernización del espacio rural no ha eliminado las lógicas locales de resolución de problemas; más bien, ha ampliado el repertorio de recursos disponibles para que las comunidades integren elementos tradicionales y contemporáneos en soluciones propias.

El recorrido desarrollado en este manual permitió constatar que cada vivienda constituye mucho más que una solución constructiva. En sus ampliaciones, reparaciones, reutilizaciones y transformaciones cotidianas se expresan historias familiares, conocimientos transmitidos entre generaciones, formas de organización doméstica y estrategias de adaptación al entorno. Tal como propone la perspectiva etnográfica, estas prácticas sólo adquieren pleno sentido cuando son comprendidas dentro de los contextos culturales que las producen. La arquitectura cotidiana rural puede entenderse, por tanto, como una expresión de cultura material, memoria e identidad territorial, donde cada intervención refleja decisiones acumuladas a lo largo del tiempo y una manera particular de relacionarse con el paisaje.

Las observaciones realizadas permiten cuestionar aquellas miradas que interpretan estas soluciones únicamente desde la precariedad o el déficit. Muchas de las respuestas técnicas desarrolladas por las familias rurales obedecen a criterios de eficiencia, disponibilidad de materiales, conocimiento del clima y experiencia práctica. La creatividad observada no responde exclusivamente a situaciones de escasez ni puede reducirse a la improvisación. En numerosas ocasiones, las soluciones registradas evidencian una racionalidad técnica situada, construida sobre la experiencia, el ensayo y error, la circulación comunitaria de conocimientos y la capacidad de resolver problemas con los recursos disponibles. El bricolaje descrito por Lévi-Strauss (1962), las artes de hacer propuestas por Michel de Certeau (1990) y la noción de conocimiento práctico desarrollada por Tim Ingold (2013) permiten comprender estas prácticas como manifestaciones de un saber local dinámico y eficaz.

Uno de los aportes más relevantes de este trabajo consiste en evidenciar que la fotografía documental trasciende ampliamente su función ilustrativa. Utilizada de manera sistemática y contextualizada, la imagen se convierte en un instrumento de observación, análisis y preservación patrimonial. Cada fotografía constituye un documento que conserva relaciones espaciales, decisiones técnicas, huellas materiales y formas de habitar que, de otro modo, podrían desaparecer con el paso del tiempo. El archivo visual construido durante esta investigación no solo documenta viviendas rurales; también resguarda conocimientos, memorias y prácticas que forman parte del patrimonio cotidiano del sur de Chile. Desde esta perspectiva, la fotografía se consolida como una fuente para futuras investigaciones y como un medio para valorar un patrimonio frecuentemente invisibilizado por la historia oficial.

Desde un punto de vista metodológico, la experiencia desarrollada confirma que la observación etnográfica requiere tiempo, permanencia, comparación y reflexividad. Ninguna fotografía habla por sí sola, del mismo modo que ningún objeto puede comprenderse fuera de su contexto. La interpretación sólo adquiere consistencia cuando las imágenes dialogan con las notas de campo, las conversaciones con los habitantes y el conocimiento del

territorio. Esta articulación demuestra que la fotografía documental alcanza su mayor potencial cuando forma parte de una estrategia de investigación más amplia, donde observar, registrar, describir e interpretar constituyen momentos inseparables de un mismo proceso.

Este manual busca demostrar que observar constituye una habilidad que puede aprenderse y perfeccionarse. Aprender a mirar implica desarrollar la capacidad de formular preguntas, reconocer relaciones entre los elementos observados y descubrir que los detalles aparentemente más simples suelen contener información relevante sobre las formas de vida de las comunidades. En consecuencia, el libro no pretende ofrecer un catálogo exhaustivo de soluciones constructivas rurales ni establecer modelos universales de interpretación. Su propósito es proporcionar herramientas para desarrollar una observación rigurosa, sensible y contextualizada de la arquitectura cotidiana.

Las imágenes reunidas constituyen, además, una invitación a continuar investigando. Muchas de las soluciones registradas podrían ser analizadas desde perspectivas complementarias, como la arquitectura vernácula, el patrimonio cultural, la sustentabilidad, la historia local o los estudios sobre cultura material. Del mismo modo, futuras investigaciones podrían ampliar la cobertura territorial, incorporar otras zonas rurales del país o profundizar en las trayectorias biográficas de quienes construyen y transforman estos espacios. En este sentido, el presente trabajo no pretende cerrar una discusión, sino abrir nuevas posibilidades de observación e interpretación.

El principal aporte de esta obra radica en proponer una manera distinta de aproximarse a la arquitectura cotidiana rural. Aprender a mirar significa reconocer que las viviendas no son únicamente estructuras físicas, sino expresiones vivas de la relación entre las personas, la memoria y el territorio. Si, al concluir este manual, el lector observa con mayor atención una ventana reparada, un techo adaptado, un material reutilizado o una ampliación aparentemente improvisada, descubriendo en ellos conocimientos, creatividad y

cultura material, entonces el propósito fundamental de este libro habrá sido alcanzado. Más que entregar respuestas definitivas, este manual aspira a formar una mirada capaz de reconocer el valor cultural de aquello que, por su cotidianidad, suele pasar inadvertido.

Una de las principales enseñanzas que deja este trabajo es que observar constituye un oficio que se aprende y se perfecciona con la práctica. La mirada etnográfica no depende únicamente de la capacidad de ver, sino de la disposición para detenerse, recorrer un lugar, comparar, volver sobre los mismos espacios y formular preguntas antes de emitir conclusiones. Con frecuencia, aquello que parece evidente termina ocultando los aspectos más significativos de la vida cotidiana. Un clavo reutilizado, una ventana desplazada, una ampliación improvisada o un techo reparado pueden parecer detalles menores; sin embargo, observados dentro de su contexto revelan historias familiares, decisiones técnicas, experiencias acumuladas y formas particulares de relacionarse con el territorio. Aprender a mirar significa, precisamente, desarrollar la sensibilidad necesaria para reconocer que la cultura también habita en los objetos cotidianos y que el conocimiento etnográfico comienza allí donde la mirada apresurada termina.

En este sentido, la fotografía documental no reemplaza la observación: la prolonga. Permite regresar una y otra vez sobre una escena, descubrir relaciones que inicialmente pasaron inadvertidas y construir interpretaciones más sólidas. Pero ninguna imagen sustituye la experiencia del trabajo de campo. La fotografía adquiere verdadero valor cuando dialoga con la memoria del recorrido, las notas de campo, las conversaciones sostenidas con los habitantes y la reflexión crítica del investigador. La cámara registra; es la mirada etnográfica la que finalmente comprende.

Muchas de las reflexiones desarrolladas en este manual encuentran su origen en una experiencia previa: la investigación realizada en torno a la Escuela Rural de Copihuelpe, en la comuna de Loncoche. Durante ese trabajo fue posible constatar que la memoria de una comunidad no se conserva únicamente en documentos escritos o en grandes acontecimientos históricos. También permanece en los

objetos, en las viviendas, en los caminos, en las huertas, en las herramientas y en las pequeñas transformaciones que las familias realizan para responder a las exigencias de la vida cotidiana. Esa experiencia permitió comprender que el patrimonio no se reduce a edificios monumentales ni a bienes excepcionalmente valiosos; también está presente en aquello que las personas construyen, reparan, reutilizan y resignifican día tras día.

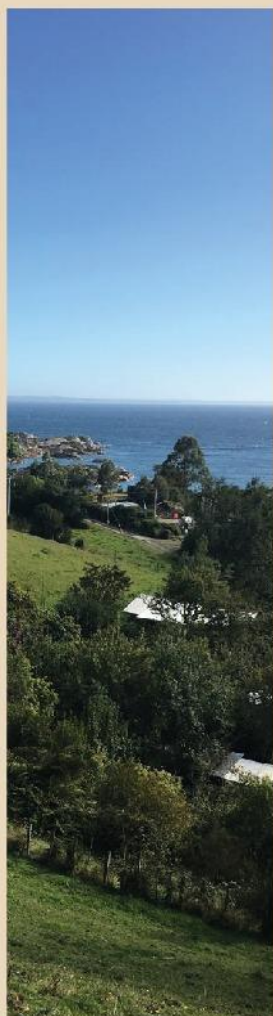
En cierta medida, este libro representa una continuidad de aquella búsqueda. Si en *La Escuela Rural de Copibuelpe: Un siglo en la memoria vecinal* (2025) el interés estuvo centrado en reconstruir la memoria social de una comunidad rural, en *Aprender a mirar. Manual de observación etnográfica de la arquitectura cotidiana rural* (2026) el énfasis se desplaza hacia los vestigios materiales que esa misma vida cotidiana deja impresos en la arquitectura. Ambos trabajos comparten una convicción común: los territorios rurales poseen conocimientos, memorias y formas de habitar que solo se revelan cuando son observados con atención y respeto. Por ello, más que ofrecer respuestas definitivas, este manual invita a desarrollar una actitud permanente de curiosidad, escucha y observación, entendiendo que cada vivienda puede leerse como un archivo vivo de la historia familiar y comunitaria.

Bibliografía

- Ascorra, P. (2012). Ruralidad: Desafíos y Proyecciones Para los Estudios Sociales. *Psicoperspectivas*, 11(1), 1-7.
<https://dx.doi.org/10.4067/S0718-69242012000100001>
- Bachelard, G. (1957). *La poética del espacio*. México, Fondo de Cultura Económica.
- Banks, M. (2001). *Visual methods in social research*. Sage Publications.
- Barthes, R. (1980). *La cámara lúcida. Nota sobre la fotografía*. México, Paidós.
- Berger, J. (1972). *Modos de ver*. Barcelona, Editorial Gustavo Gili.
- Bourdieu, P. (1965). *Un arte medio: ensayo sobre los usos sociales de la fotografía*. Barcelona, Editorial Gustavo Gili.
- Cassigoli, R. (2012). *Morada y memoria: antropología y poética del habitar humano*. Barcelona, GEDISA.
- Certeau, M. (1990). *L'invention du quotidien. 1. Arts de faire*. Francia, Gallimard.
- Davinson, G. (2014). *Relatos etnográficos*. Temuco, Ediciones Universidad de La Frontera.
- Davinson Pacheco, G., & Vera Peña, M. (2025). *La escuela rural de Copibuelpe: Un siglo en la memoria vecinal*. Ariadna Ediciones.
<https://doi.org/10.26448/ae9789566276784.159>
- Geertz, C. (1987). *La interpretación de las culturas*. México, Gedisa.
- Guber, R. (2011). *La etnografía: Método, campo y reflexividad* (2ª ed.). Buenos Aires, Siglo XXI Editores.
- Hammersley, M., & Atkinson, P. (1994). *Etnografía: Métodos de investigación*. Buenos Aires, Paidós.
- Ingold, T. (2013). *Making: Anthropology, archaeology, art and architecture*. London, Routledge.
- Lévi-Strauss, C. (1962). *La pensée sauvage*. Plon.
- Martínez, C. (1991). “Políticas colonizadoras de Chile en el siglo XIX: la ilusión modernizadora, Araucanía 1813-1913”, en *Estudios Sociales* N°69, Santiago.
- Pink, S. (2013). *Doing visual ethnography* (3rd ed.). Sage Publications.
- Robichaux, D. (2024). La comunidad “corporada” cerrada en el México pos-indígena. *RUNA, Archivo Para Las Ciencias Del Hombre*, 45(1), 19-40.

<https://doi.org/10.34096/runa.v45i1.14262>

- Schuster, J.P. (2016). *50 años de Programa de Agua Potable Rural en Chile: Un análisis institucional y normativo en el marco de la reforma del sector*. Instituto de Estudios Urbanos y Territoriales. Pontificia Universidad Católica de Chile.
- Sontag, S. (1977). *Sobre la fotografía*. Madrid, Alfaguara.
- Sennett, R. (2008). *El artesano*. Barcelona, Anagrama.
- Véliz, C. (1984). *La tradición centralista de América Latina*, España, Ariel.



Aprender a mirar

El presente documento fue pensado como una guía de apoyo metodológico para estudiantes que realizan trabajo de campo, particularmente orientada a fortalecer la rigurosidad del quehacer etnográfico en el proceso de registro sistemático de datos. El énfasis estaba puesto, desde un comienzo, en afinar la mirada observacional y en dotar de mayor densidad analítica a los registros empíricos, evitando descripciones superficiales o meramente ilustrativas. Para ello, se proyectó originalmente como una compilación selectiva de registros fotográficos, escogidos en función de ciertas características específicas, tales como su valor descriptivo, su capacidad de evidenciar transformaciones en el tiempo y su potencial para suscitar interpretaciones contextualizadas. Uno de los aspectos que se mantuvo inalterable respecto del diseño original fue la decisión de centrar la observación en el ámbito rural. Esta elección se fundamenta en el reconocimiento de la importancia que reviste el mundo campesino en la macro zona sur de Chile, tanto por su aporte histórico como por su relevancia en la construcción de identidades locales y nacionales.



**UNIVERSIDAD
DE LA FRONTERA**
FACULTAD DE EDUCACIÓN,
CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES